La India.

Manuel Ortiz



CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE

D. PABLO AVECILLA.

LA INDIA.

8 rs.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID:

D. Juan Diaz de los Rios, *calle de Carretas.*

D. José Cuesta, *Carretas* 9.
Bailly-Bailliere, *Príncipe.*

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. Anton, 26.
1858.

Cátalogo *de las obras dramáticas de la propiedad del* Círcul[o] Literario Comercial.

DRAMAS EN TRES ó MAS ACTOS.

La India.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los Hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El Triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El Hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La Niña del mostrador.
La Mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El Curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El Donativo del diablo.
La Hija de las flores.
El Valor de la mujer.
La Fuerza de voluntad.
La Máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La Ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andres Chenier.
Adriana.
La Ley de represalias.
El Ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un Hombre de estado.
El Primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
Garcia de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES ó MAS ACTOS.

El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien mas mira menos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la córte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El Fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.
La Flor de la maravilla.
El Agua mansa.
Un Infierno ó la casa de huésp[ede]s
El Duro y el millon.
El Oro y el oropel.
El Médico de cámara.
Un Loco hace ciento.
La Tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peluquero de Su Alteza.
La Consola y el espejo.
El Rábano por las hojas.
Tres al saco....
Un Inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los Presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La Escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una Aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los Millonarios.
Los Cuentos de a reina de Nav.
El Hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un Clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan Garcia.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos...!
La Nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.

LA INDIA.

DRAMA EN SEIS ACTOS

ARREGLADO A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON MANUEL ORTIZ DE PINEDO

Y

D. EUGENIO DE OLAVARRIA.



N.º 326.

MADRID.

IMPRENTA DE C. GONZALEZ, S. ANTON, 26.

1858.

PERSONAGES.

Sir Watson, *oficial inglés.*
David, *rico colono francés.*
Sir Williams Hoods, *oficial inglés.*
Mauricio Bernad, *comandante de fragata.*
Tomás (el aragonés), *de la marina francesa.*
El Mayor Willoughby.
El Fakir.
Akdar, *jefe indio.*
El Tscheprasse.
Mohammed.
El Rajah.
Steward.
Un barquero indio.
Un anciano.
Cuatro indios.

Susana, *muger de David.*
Elena, *su hija.*
Pablito.
La Malabara.
Primera hermana de la caridad.
2.ª hermana de la caridad.
Soldados, indios, sacerdotes, esclavos, etc.

ACTO PRIMERO.

EL RIO SAGRADO.

A derecha del público, ocupando dos términos, el bengalow abierto por todas partes, y al cual se sube por algunos escalones. En tercer término, de izquierda á derecha, se estiende un camino á lo largo del rio. En primero y segundo término, un grupo de cocoteros y otras plantas del país. En cuarto, y en el fondo, el rio: más allá en lontananza, un inmenso horizonte de montañas. Al alzarse el telon, grupos pintorescos de indios, arrodillados en la márgen del rio, acaban sus abluciones y sus rezos.

ESCENA PRIMERA.

EL FAKIR.—LOS INDIOS.

FAKIR. Hijos de Indra y de Mohammet, habeis concluido vuestras abluciones; poneos en marcha hácia las alturas. (*A un indio.*) A dónde vas, hermano?

INDIO 1.° A Benarés.

FAKIR. (*A otro.*) Y tú?

INDIO 2.° A Meerut.

FAKIR. (*A otro.*) Y tú?

INDIO 3.° A Dynapour.

FAKIR. Bien... Hijos de Indra y de Mohammet, partid,

y cuando la estrella Eria se levante en el cielo, volved la cabeza, dirigid una atenta mirada á las riveras del rio que abandonais, y haced entonces lo que os he ordenado.

TODOS. Lo haremos.

FAKIR. Adios. (*Una parte de los indios se aleja.*) Vosotros esperad aquí al fiel Akdar, que debe llegar esta tarde para distribuiros el pan sagrado.

INDIO 1.º Hablad mas bajo. (*Señalando el bengalow.*) ¿No hay allí oidos europeos que nos escuchan?

FAKIR. En efecto, el bengalow está habitado.

TODOS. Ah!

FAKIR. No os alarmeis... no hay dentro mas que dos pobres mujeres venidas de un país lejano, que se llama Francia: ellas vuelven de Delhi á Allahabad, socorriendo en el camino á los pobres y á los enfermos sin distincion de castas, de color, ni de religion. Respetemos á esas mugeres que se han convertido en hermanas de los pobres; respetémoslas... que tienen por deber la oracion, por mision la caridad, y por único Señor á Dios.

ESCENA II.

Los mismos. — LAS HERMANAS DE LA CARIDAD.

HER. 1.ª (*Saliendo del bengalow.*) El sol abrasa ya menos; podemos continuar nuestro viaje.

HER. 2.ª Algunas millas nada más nos separan de Delhi.

HER. 1.ª Vamos, hermana. (*Aparece por la izquierda un indio conducido en unas angarillas de bambúes y de hojas de palma.*) ¿A dónde llevais á ese desgraciado?

FAKIR. Al borde del rio, donde debe esperar la muerte con el rostro vuelto al Oriente.

HER. 1.ª La muerte?

FAKIR. Sí; costumbre es aquí, cuando la ciencia ha llegado á ser impotente, esponer los moribundos á la orilla de las olas que deben tragar sus cadáveres.

HER. 1.ª Deteneos!... dejad que le socorramos; quién sabe si se le puede salvar todavía!

FAKIR. No. Ha sido ya condenado por aquellos que conocen el secreto de la vida y de la muerte.

HER. 1.ª Desgraciado! Solo Dios conoce esos terribles arcanos.

FAKIR. Mugeres, dejad que se cumpla el destino. Nuestra religion lo manda.

HER. 1.ª La nuestra lo prohibe.

FAKIR. Retiraos!

HER. 1.ª Jamás, mientras un aliento de vida salga de su boca. *(Murmullos entre los indios.)*

FAKIR. Mirad lo que haceis!... Esos murmullos pueden convertirse en amenazas.

HER. 1.ª Por qué quieren esos infelices hacernos daño? (*A los indios.*) Sois sin duda los amigos, los parientes de ese anciano?... En nombre de la humanidad, llevadle á aquella habitacion donde nuestros cuidados podrán volverle á la vida...— Rehusais? Pues bien, le conduciremos nosotras mismas.

FAKIR. Imprudentes! No le toqueis.

HER. 1.ª Valor, hermana. (*Los indios las alejan violentamente de las angarillas.*)

ESCENA III.

Los mismos.—MAURICIO.—TOMÁS.—AKDAR.

MAUR. (*Con uniforme de la marina francesa, apareciendo por la izquierda.*) Cobardes, maltratar á mugeres!... á dos hermanas de la Caridad!

HER. 1.ª Un francés! *(Los indios retroceden.)*

TOMÁS. (*De marinero.*) Y un español, hermanas. Monsieur Mauricio Bernard, comandante de la fragata *Invencible*, y su fiel asistente Tomás Belchite, alias el *aragonés*, español emigrado al servicio de la Francia. *(Murmullos entre los indios.)* Qué pronto vais á callar, hato de negros! (*Poniendo mano al sable.*) Os gusta el hierro, beduinos?

HER. 1.ª Nada de violencia, yo os lo ruego. A nosotras

que hemos dado lugar á sus quejas, nos toca apaciguarlos. (*A los indios.*) No guardeis ni cólera ni rencor para las pobres mujeres que os hablan. Vosotros no sois para ellas ni enemigos, ni estranjeros, sino hermanos. Si hemos abandonado nuestra patria querida, si hemos llegado hasta la vuestra á través de mil peligros y fatigas, no es para traeros la opresion, antes por el contrario, para consolar á los que sufren. Ese hombre, que es uno de vuestros sacerdotes, comprende nuestras intenciones... gracias á él, vuestro resentimiento se disipa, y no os oponeis ya, no es verdad, á que nuestra obra de caridad se cumpla?

FAKIR. Amigos, dejad obrar á las hermanas del pobre.

SAMÍD. Quién osará tocar á esta camilla?

FAKIR. Yo el primero.

MAUR. Y yo.

TOMÁS. (*Desviándole.*) Mi teniente, si no os acordais de la herida, yo me acuerdo.

AKDAR. (*Bajo al Fakir.*) Vuelve pronto.

FAKIR. Akdar!..

AKDAR. Silencio!..

MAUR. (*A las hermanas.*) Permitidme al menos cuidar á ese enfermo en vuestra compañía. En Crimea he servido muchas veces de ayudante á nuestros cirujanos.

HER. 1.ª Venid, caballero, hablaremos de Francia. (*Mauricio y las hermanas entran en el bengalow, seguidos de Tomás y el Fakir que conducen las angarillas.*)

AKDAR. Hermanos!

TODOS. Akdar!

AKDAR. (*A los indios que le rodean.*) Sirviendo de guia á esos europeos, he podido atravesar impunemente los puestos ingleses y llegar hasta aquí. En este humilde criado nadie ha podido reconocer á Akdar el condenado, Akdar que hace tres años largos se oculta en los juncales en compañía de las bestias salvajes. (*A él mismo.*) Gracias á Indra, la hora de la venganza se acerca; mañana todos seremos señores: la sangre europea correrá como las olas de ese rio.... Mañana,

Akdar, la aborrecida familia David te devolverá centuplicado cuanto te ha hecho sufrir.

FAKIR. (*Saliendo.*) Y bien ¿qué hay?

AKDAR. (*Señalando á Tomás que sale del bengalow.*) Silencio, no estamos solos.

TOMÁS. Ahora es menester buscarse la pitanza. Yo que no estoy enamorado, no me alimento como mi teniente, de esperanzas y recuerdos.... siento una gazuza..... Ah! vírgen del Pilar, de qué buena gana le buscaria el hueso á un jamon! Bengalow de la administracion llaman á esa especie de ventorrillo donde se albergan los que viajan por la India. Vaya un nombre revesado para una cosa tan mala! Una guardilla blanqueada de cal, con dos camas de paja, un sofá de caña y media silla.... En cuanto á la cocina, buenas noches. Sin duda aquí guisan con el calor del sol. Por eso yo tengo los sesos fritos desde que pisé esta maldita tierra. Vírgen del Pilar! qué calor, digo, qué hambre hace..... (*Apercibiendo á Akdar.*) Eh! esclavo, el señor quiere comer. (*Akdar, levanta el brazo hácia un árbol.*) El cocotero, sí, le conozco: muchas gracias: quiero algo mas sustancioso. El señor tiene tambien sed. (*Akdar le señala el rio.*) Gracias, el agua me hace daño. Morena, patrona mia, haced que me vuelvan á deportar á Filipinas ó que entre de núevo en guerra con los facciosos de Cabrera, con los beduinos de Argel, con los cosacos de Crimea... Entonces se comia mal, pero se comia: mientras que entre estos castaños de Indias se me va á olvidar el movimiento de las quijadas... Ah! qué idea! ahora recuerdo que nuestro guia trae con mucho cuidado unas alforjas que deben estar bien provistas. Un zurron que le entregó esta mañana un hombrecillo negro, arrojando un grito de buho. Ya le veo. (*Dirigiéndose al zurron.*) Veamos lo que hay dentro... Hola!... galleta. (*Sacando del zurron varias tortas.*) Calla! el hombre del grito de huho era sin duda..... un panadero.

INDIOS. (*Arrojándose á él.*) Profanacion!

TOMÁS. Qué diablos le ha dado á estos bárbaros?

FAKIR. Estranjero, no toques al tchapáty!

TOMÁS. Tchapáty ó tchapita, yo me lo como.

FAKIR. Un infiel no puede llegar sus lábios al pan de los sacrificios. (*Los indios se apoderan de él y le zarandean, llevándole de un lado al otro del teatro.*)

TOMÁS. Vírgen del Pilar! (*Saca el sable.*)

MAUR. (*Desde lo alto del bengalow.*) Tomás, envaina ese sable y no promuevas querellas. Respeta las creencias de los que respetan las tuyas.

TOMÁS. Perdon, mi teniente. (*Envaina y Mauricio desaparece.*) Hum! batirse en retirada sin haber cortado la cabeza... Ah! la ordenanza no debiera regir con los indios. Pues señor, nos dedicaremos al merodeo. Tengo hambre hasta para comer cocodrilo. (*Vase.*)

AKDAR. Ya estamos solos.

FAKIR. Escuchad las palabras de Akdar.

AKDAR. Esta mañana en el bosque Powna, un brahmina me ha entregado para vosotros estas tortas de puro trigo, consagradas sobre el altar de la gran pagoda. Fakir, distribúyelas entre todos.

FAKIR. Hijos de Bengala, el tiempo se acerca: Mogol Pundy saldrá de su tumba esta noche, y vereis á la estrella Eria redoblar su brillo sobre vuestras cabezas. (*Vase.*)

AKDAR. Quién viene hácia aquí?

INDIO 2.º Una carabana de europeos.

AKDAR. Ni una palabra, ni un gesto; la vista baja y la boca muda.

ESCENA IV.

Los mismos. — EL TSCHEPRASSE. — *Despues* SIR WATSON, *y su comitiva.*

TSCHEP. (*Alejando á los indios con un largo bambú.*) Plaza! plaza! vamos; retiraos, no obstruyais asi los alrededores del bengalow... No me habeis entendido? (*A sus criados.*) La tarde está hermosa, armad aquí la tienda de su señoría.

AKDAR. *(A los indios en voz baja.)* Dispersaos por la montaña, coged cada uno una rama de box seco, y volved aquí cuando la carabana se vuelva á poner en marcha.

TSCHEP. No me ois?

AKDAR. Ya partimos, señor, ya partimos. *(Akdar, el Fakir y los indios se alejan lentamente.)*

TSCHEP. Daos prisa, el palanquin se acerca. *(Los criados levantan rápidamente una tienda de campaña, bajo la cual disponen una mesa cubierta de magnífico servicio de plata, de manteleria, bajilla de cristal, que sacan de un cofre que traen consigo.)*

TOMÁS. *(Entrando sin reparar.)* Hé aquí todo lo que he encontrado... un pedazo de caña de azúcar... *(Mirando á su alrededor.)* Calla! ¿qué es lo que veo?

TSCHEP. Colocad mejor los cogines... torpes! habeis olvidado la estera.

TOMÁS. *(Ap.)* Pilar de Zaragoza! qué mesa! y qué aroma! Si creo que he olido las trufas... Este señor azafran debe ser el cocinero... será menester entablar conocimiento con él. Buenas tardes, caballero.

TSCHEP. Buenas.

TOMÁS. Esperais á algun *nabád*?

TSCHEP. No; aguardamos á Sir Watson, sub-teniente del ejército inglés, nuestro amo y señor.

TOMÁS. Cuerno de buey! ¿Asi se trata un sub-teniente en la India? En cuanto cumpla mi enganche, siento plaza de ranchero.

TSCHEP. Nuestro amo tiene cien mil libras de renta. *(Sir Watson aparece casi tendido en una elegante litera que conducen cuatro indios: otros dos, colocados á los lados, le hacen aire con enormes abanicos.)*

TOM. Vírgen del Pilar, qué sueldo! Con poco mas pagan á un ejército en mi tierra!

TSCHEP. Hé aquí á su señoría....

SIR WAT. Uf! Qué calor! Qué polvo!.... *(Salta de su litera.)* Dejadme que me arregle un poco.... no puedo sentarme á la mesa en este desórden, tan sucio y desaliñado. Me causo asco á mí mismo.

(*Se sacude el polvo con cuidado, y se mira en un espejo que le coloca delante el Tscheprasse.*)

TSCHEP. Qué desea comer su señoría?

TOMÁS. (*Aparte al ver los platos.*) Pan, vino... un pastel!... Oh! un pastel... Quién fuera siquiera sargento en este pais!

S. WAT. Qué quiero comer?... cualquier cosa... no tengo hambre.

TOMÁS. Qué barbaridad!... qué blasfemia!... dice que no tiene hambre.

S. WAT. Una conserva de chochas de Boulogne.

TOMÁS. Ah!

S. WAT. Un pastel de codornices trufadas de... Strasbourgo.

TOMÁS. (*Más fuerte.*) Oh!

S. WAT. Y para postres, cualquier fruta, melocotones de Aragon y plumpudding con cogñac, ron y vino de Jerez y malvasía.

TOMÁS. (*A toda voz.*) Uf!

S. WAT. Quién demonios arroja esos gritos? Ah!... uniforme francés!... Quién sois?

TOMÁS. Tomás Belchite, emigrado español al servicio de Francia, que viaja por placer y que posee en este momento una cosa que le incomoda mucho.

S. WAT. Qué es ello, valiente?

TOMÁS. Un hambre de elefante, señor.

S. WAT. Sailly! trata á este muchacho lo mejor que se pueda.

TOMÁS. Gracias, mi oficial! yo haré honor á vuestra cocina. Perdon, señor; os seria agradable invitar á comer á mi teniente... Mr. Mauricio Bernard, capitan de la fragata *Invencible?*

S. WAT. (*Recordando.*) La *Invencible*... una fragata que ha hecho la campaña de Crimea?

TOMÁS. La misma.

S. WAT. Tambien yo he estado en Crimea.

TOMÁS. De veras? Ah! yo he partido tantas veces mi rancho con vuestros camaradas, que me creo con derecho á aceptar el que ahora me ofreceis sin cumplimientos.

S. WAT. Dónde está el teniente Mauricio? (*Mauricio aparece á la puerta del bengalow.*)

TOMÁS. Hé allí á mi oficial.

ESCENA V.

Los mismos.—MAURICIO.

MAUR. (*Aparte.*) Ellas le salvarán.

S. WAT. (*Saliendo á su encuentro.*) Mr. Mauricio Bernard, no hay aquí nadie que nos presente el uno al otro. Al diablo la etiqueta... Vos sois francés, yo irlandés; pero si el nacimiento no nos ha hecho compatriotas, el peligro comun en Crimea nos ha hecho hermanos. Mr. Mauricio Bernard, quereis conceder á Sir Watson el honor de partir con él su modesta mesa? La invitacion es un poco brusca, lo conozco; pero hecha por un soldado á otro soldado, espero que no será rehusada.

MAUR. La acepto con todo mi corazon...

TOMÁS. Y yo con todo mi estómago.

MAUR. Sir Watson, vuestra mano.

S. WAT. Héla aquí... apretad.

MAUR. Hace veinte años que somos amigos.

S. WAT. Sea en buen hora. (*Llamando.*) Sailly, añade rhin y champagne helado. (*Los indios sirven á la mesa.*)

TSCHEP. El señor está servido.

S. WAT. A la mesa, mi teniente.

TOMÁS. Ya está mi teniente á la mesa... Y á su asistente qué consigna se le encarga, mi oficial? (*Dirigiéndose á Watson.*)

S. WAT. (*Sonriendo y señalando á Tscheprasse.*) Saylly, da bien de comer á ese muchacho.

TOMÁS. Cumpliré la consigna, señor. (*Al Tcheprasse.*) Oiga V., señor negro, las gallinas deben conservarse mal con este calor despues de cocidas. Voy á ver si dos saben mejor que una. (*Váse.*)

S. WAT. A vuestra salud, Mr. Mauricio.

MAUR. A la vuestra, Sir Watson. (*Bebiendo.*) Champagne *frappé* y rhin verdadero, si no me engaño.

S. WAT. Yo no bebo otra cosa.

MAUR. Este lujo confortable que sorprende en la India, no le teniais en Crimea.

S. WAT. Ah! no me hableis de esa campaña... Fué la

desesperacion de mi vida. Qué desórden para un maniaco de mi especie! Qué desarreglo en mis hábitos mas queridos! Me sucedieron alli fracasos, cuyo recuerdo me irrita todo el sistema nervioso.

MAUR. De veras?

S. WAT. Y si no lo que me pasó en la famosa carga de Balaklava...

MAUR. Os encontrásteis en ella?

S. WAT. Con mucha honra, puesto que saqué cinco ó seis balazos; verdad es que esto fue un detalle. Me refiero á otro suceso más grave. Vos teneis buena vista?

MAUR. Sí.

S. WAT. Qué dichoso sois!.. yo soy un miope, casi ciego. Pues bien, amigo mio, la gran desgracia que me aconteció en ese encuentro fué que perdí mis lentes en el campo de batalla. Una semana entera tardé en procurarme otros. No podeis tener idea de lo que yo sufrí... Figuraos que no podia reconocer á los rusos más que á boca de jarro.

MAUR. (*Riendo.*) A ellos es entonces á quienes toca quejarse.

S. WAT. Sois un verdadero francés. Los mas grandes desastres os mueven á risa. Vamos; lejos de tomar mi infortunio por lo serio, apuesto á que decis para vuestros adentros: Sir Watson es un loco.

MAUR. Lo que digo es que Sir Watson es la brabura y la lealtad en persona.

S. WAT. Gracias...—Os gusta la música?

MAUR. Cómo?

S. WAT. No os hago la injuria de preguntaros si es Rossini vuestro favorito. (*A Sailly.*) Di al maestro que toque la sinfonia del Barbero. (*Música militar dentro.*)

MAUR. Pero esto es un encantamento. (*Dejan la mesa y se levantan.*)

S. WAT. Por mi parte mejor me paso sin champagne que sin música en estos desiertos: asi es que llevo siempre una orquesta conmigo. No tocan del todo mal, verdad?

MAUR. Tocan muy bien. (*Sirven café y cigarros.*) Pero este lujo sibarítico, no causa descontento en las razas mas civilizadas, en los sacerdotes... No os produce ningun disgusto?

S. WAT. Ninguno. Son razas acostumbradas á la esclavitud ha tantos siglos, tan envilecidas, que se las maneja como rebaños.

MAUR. Sin embargo, el grueso del ejército está formado de indígenas.

S. WAT. Ah! no importa. (*Tomando una copa.*) Antes de fumar, brindemos á la eterna dominacion de la Inglaterra en la India.

MAUR. A la dominacion que civiliza!

S. WAT. Tomad, es un tabaco escelente. (*Tendiéndose en los cogines.*) Y decidme, camarada, venis de Calcuta?

MAUR. Sí.

S. WAT. Como yo. Y vais?...

MAUR. A Delhi.

S. WAT. Mi camino. Yo voy á servir de testigo á mi mejor amigo, el capitan de artillería Williams Hoods.

MAUR. De testigo! En un duelo?

S. WAT. No... en un matrimonio.

MAUR. Sea en buen hora. Sir Watson, tendreis inconveniente en serlo en otro? Yo os invito á mis bodas.

S. WAT. Tambien vos os casais?

MAUR. Así lo espero.

S. WAT. Brabo!

MAUR. Acabo de encontrar en la India una mujer, un ángel, cuyo recuerdo ha vivido siempre en mi corazon. Su familia, de orígen francés, vivia en otro tiempo en Pondichéry, donde mi fragata estaba de estacion, y allí hubiera debido verificarse nuestro enlace, á no haber venido la guerra de Oriente á arrojar entre nosotros cuatro años de separacion.

S. WAT. Eso es casi una novela.

MAUR. Oh! que concluirá sencillamente en un casamiento. Elena me ha dado su corazon, y su familia me ha prometido su mano. Yo no dudo ni del amor de Elena, ni de la palabra de su pa-

dre; ya veis que mi historia es prosáica como la felicidad.

S. WAT. Pero decidme, cómo habeis encontrado aquí á una jóven que dejásteis en Pondichéry? (*Los criados se llevan las provisiones y empieza á anochecer.*)

MAUR. Porque ha llegado á mi noticia que su padre se halla establecido hace tres años en los alrededores de Delhi: hace hoy, segun me han dicho, un gran tráfico de añil.

S. WAT. (*Bebiendo.*) A vuestros amores.

MAUR. A los de vuestro amigo el capitan.

S. WAT. Si viérais qué bravo corazon! Tambien vive en los alrededores de Delhi su prometida.

TSCHEP. (*Entrando.*) Su señoría puede continuar el viaje cuando guste.

S. WAT. En efecto, la noche se nos viene encima... Se me ha hecho tan corto el tiempo pasado en vuestra compañía... Concluiremos el camino juntos, no es verdad?

MAUR. Con sumo gusto.

S. WAT. (*Levantándose.*) Qué carnicería vamos á hacer en los cigarros!—El palanquin.

MAUR. En qué tiempo llegaremos?

S. WAT. En dos horas sobre poco mas ó menos.

MAUR. (*Sacando la muestra.*) A las once entonces.

S. WAT. (*Reparando en el reló.*) Ah! poseeis una verdadera alhaja. (*Mirándola de cerca y con emocion.*) Mr. Mauricio, de quién habeis adquirido este reló?

MAUR. De un compatriota vuestro, cuya batería estaba contigua á la que yo mandaba delante de Sebastopol. En un ataque nocturno en que los rusos tuvieron sobre nosotros la ventaja del número, un comandante inglés y yo quedamos por muertos en las trincheras abandonadas un instante por nuestros soldados. Apenas recobré el sentido, me arrastré hasta la batería inglesa de donde salian tristes gemidos. El comandante respiraba todavía. Los rusos iban á atacar de nuevo, y yo no queria abandonar á mi pobre camarada... Reuniendo mis fuerzas, intenté levantarlo; pero estaba herido mortalmente. «De-

jadme, me dijo, soy un cadáver que ha encontrado aquí su sepultura. Tomad y guardad eso para recuerdo mio.» Y me alargó este reló que no me abandonará jamás. (*Sir Watson besa furtivamente el reló, intentando ocultar sus lágrimas.*)

MAUR. (*Sorprendido.*) ¿Qué es eso, Sir Watson? ¿Por qué llorais?

S. WAT. Ese oficial se llamaba Lord Lausdale?

MAUR. Sí.

S. WAT. Era el primogénito de mi familia, mi hermano.

MAUR. Vuestro hermano!

S. WAT. Murió como un bravo, no es verdad?

MAUR. Como un leon; nuestros enemigos me ayudaron á rendirle los honores fúnebres. Arrastrados por los rusos quedamos dentro de sus puestos. Lord Lausdale espiró aquella misma noche. Yo quedé prisionero por mucho tiempo. Como me era imposible comunicarme con los mios, fui contado entre el número de los muertos.—Sir Watson á vos es aquien toca conservar este legado de un hermano moribundo: yo no he sido hasta hoy más que el depositario.

S. WAT. No, guardadle vos. El os recordará siempre un digno compañero de armas y un amigo, porque yo soy desde ahora vuestro amigo más decidido, vuestro hermano. (*Se estrechan las manos.*) (*Aparece el palanquin.*)

ESCENA VI.

Los mismos.—LAS HERMANAS DE LA CARIDAD.—TOMÁS.— *Despues* AKDAR.—EL FAKIR.—INDIOS.

MAUR. (*Al Tscheprasse.*) Dónde está mi marinero?

TSCHEP. Señor, esta...

TOMÁS. (*Sin poderse tener.*) Pero... hombre qué efecto hacen diez botellas en la India.

MAUR. Llevadle fuera y montadlo sobre...

TSCHEP. Le pondremos sobre un elefante.

TOMÁS. (*Intentando hacer la venia.*) Perdonad, mi te-

niente; ha sido una equivocacion, yo creia que bebia agua. (*Se le llevan.*)

S. Wat. (*A Mauricio.*) Ea, subid primero.

Her. 1.ª (*Desde los escalones del bengalow.*) Buen viaje, Mr. Mauricio. Que el Señor os acompañe!

Her. 2.ª Que el recuerdo de Francia os proteja.

Maur. Gracias, hermanas.

S. Wat. Salud á las hermanas de los pobres!—A Delhi! (*Parten alumbrados por hachones. Las hermanas entran en el bengalow cuando no se divisa la carabana: entonces los indios llegan misteriosamente, amontonan á orillas del rio las ramas que traen en las manos, y las dan fuego á una señal de Akdar: en seguida, varias hogueras muy cerca las unas de las otras, aparecen á lo lejos y se estienden hasta los últimos límites del horizonte.*)

Akdar. (*Levantando una tea encendida en lo alto.*) Hijos de Indra y de Mohammet, venganza!

Todos. Venganza!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

LA FAMILIA DEL COLONO.

Terrado de la casa de la familia David, dominando el campo, y al pié del cual se supone que pasa el camino que conduce de Delhi á Meerut. En lontananza se elevan y divisan los gigantescos monumentos de Delhi. A la izquierda del espectador, ocupando el primero y segundo término, una de las fachadas de la casa: á la derecha un rico bosquecillo de flores sobre el cual se eleva un kiosko indio: en tercer término, la entrada á los talleres; en cuarto, la balaustrada del terrado, á la cual se sube por escaleras ocultas por el kiosko. Esta decoracion debe ser de tonos brillantes y muy calientes. El terrado está tambien resguardado en parte por un toldo ricamente iluminado. Al alzarse el telon, una criada malabara sale de la casa y se dirige á un grupo de mendigos.

ESCENA PRIMERA.

La Malabara.—Los Mendigos Indios.—*Despues* Elena.—Pablito.

Malab. Sí, ya es la hora de las limosnas; pero la señorita Elena viene hoy á distribuíroslas... Vedla allí que se acerca con Pablito, su hermano. (*A la vista de Elena todos los mendigos se inclinan.*)

Elena. (*Con bondad.*) Amigos mios, hoy es un dia de fiesta para mi familia, y es menester conserveis su recuerdo: para eso las limosnas serán dobles.

Esta tarde debo unirme con el esposo que me destinan... Oh! tranquilizaos: no por eso me echareis de menos... ya sabeis que el ángel de esta casa es mi madre. Su corazon es un tesoro de bondad inagotable: mi mano distribuye, pero su corazon es quien da. (*Empieza á distribuir monedas de plata.*)

PABLITO. Quieres que te ayude, hermana?

ELENA. Sí, hermano; ya has aprendido la oracion; aprende ahora la caridad. *(Acabada la distribucion, los mendigos se alejan.)*

PABLITO. Qué divertido es socorrer á los pobres?

MALAB. Ahora, el señorito necesita desayunarse.

PABLITO. Desayunarme!... con qué?

MALAB. No tiene ahi los pastelillos?

PABLITO. Tú los pusiste en mi bolsillo..... es verdad; pero yo se los he dado á un pobrecito que tenia más hambre que yo. (*Suspirando.*) Mamá me acaba de reñir, y no tengo gana.

ELENA. (*Sonriendo.*) Te ha reñido?

PABLITO. Sí, por culpa de D'jali, de mi perro. Al despertarme esta mañana veo que no viene como siempre á jugar conmigo: me levanto, le busco por todas partes, y todo asustado salgo al camino gritando D'jali! D'jali!... me parece oir á lo lejos sus ahullidos, corro y llego á la orilla del rio, y alli veo á mi pobre perro ahogándose sin poder ganar la márgen... Yo estaba solo, mi D'jali se iba á ahogar, y le grito: valor! que yo te ayudaré, y me arrojé al agua vestido.

ELENA. Dios mio! tú?

PABLITO. Yo, sí... No soy ya un hombre? Oh! yo nado muy bien... Bien pronto llegué hasta mi perro, á quien habian querido matar sin duda, porque tenia atada al cuello una piedra muy pesada, que yo cogí con mi mano para ayudarle á salir... Si hubieses visto cómo me acariciaba cuando saltamos en tierra. Me volví con él á casa, y cuando buscaba á la Malabara para que me diese otros vestidos, me encontré con mamá que me preguntó de dónde venia; la dige lo que habia hecho, se puso pálida, me cogió en sus brazos, y despues me riñó mucho, mucho...

La culpa es mia que no la he engañado... que no me atreví á echarla una mentira.

ELENA. (*Abrazándole.*) Qué corazon!

PABLITO. Allí viene... dila que me perdone.

ESCENA II.

Los mismos.—SUSANA.—*Susana sale de la casa como muy preocupada de un pensamiento lúgubre. Atraviesa el teatro sin reparar en nadie, y va á sentarse á un sofá de caña colocado á la derecha en primer término.*

PABLITO. (*Bajo á Elena.*) Ves? está muy incomodada; no nos ha dicho ni una palabra.

ELENA. No nos ha visto.

PABLITO. Eso crees tú?

ELENA. Estoy segura de ello. (*Se acerca dulcemente á Susana. Silencio.*) Mamá, mamá mia!

SUSANA. (*Como volviendo en sí.*) Ah! hija mia! mi Elena!.. *(La abraza.)*

PABLITO. *(Deslizándose entre su madre y su hermana.)* Solamente para mí no hay un abrazo?

SUSANA. (*Estrechándole contra su seno.*) Mal hijo! arriesgar así tu vida!

PABLITO. Pero, mamá, ha sido por D'jali: él hubiera hecho otro tanto por mí.

SUSANA. Y tú no has pensado en tu madre..... en tu pobre madre... (*Teniendo de la mano á Elena.*) que bien pronto no tendrá mas hijo que tú?

PABLITO. No habia ningun peligro... no podia sucederme ninguna desgracia.

SUSANA. Por qué?

PABLITO. Antes de arrojarme al agua, me persigné y recé una salve.

SUSANA. Hijo mio, guarda siempre tu fé... un cristiano verdadero es siempre un hombre de bien.

PABLITO. Me perdonas?

SUSANA. (*Abrazándole.*) Sí, sí... yo te perdono y te adoro, hijo de mis entrañas. (*Susana está colocada entre sus dos hijos, cuando David aparece en el fondo: se detiene un instante contemplando embebecido á su familia.*)

ESCENA III.

Los mismos.—DAVID.

DAVID. Hermoso cuadro!

PABLITO. (*Yendo á él.*) Papá, hemos hecho las paces... mamá me quiere ya como antes.

DAVID. Y por qué estaba enojada contigo?.. por un baño de más?.. vamos, yo quiero que mi Pablito sea bravo y atrevido... (*A Susana.*) No hay nada que temer; nada como un pez este diablejo. (*A Elena.*) Cómo! todavía no te has vestido?.. la hora se acerca: Sir Williams, tu futuro esposo, asistirá con la mayor puntualidad, y será preciso hacer esperar al señor cura.

ELENA. (*Reclinando la cabeza sobre el hombro de su padre.*) Teneis prisa de separaros de vnestra hija?

DAVID. Ah! hija mia, no digas eso.

SUSANA. Crées tú, hija de mi vida, que en este momento en que nos deshacemos de tí nuestro más rico tesoro, nuestro corazon no se parte de dolor? Crées tú que mañana, dentro de un mes, de un año, siempre, no habrá en mi alma un lugar vacío como le hay hoy en esta casa? El amor de un padre, de una madre, es el único sentimiento exento de egoismo. Amamos á los hijos por ellos, no por nosotros mismos... Te entregamos á Sir Williams, porque nos parece un hombre digno de tí, y porque este enlace es para nosotros la garantía de tu felicidad. Hoy, hija mia, nosotros sonreimos y tú lloras: mañana habrán cambiado los papeles, la risa brillará en tus lábios y las lágrimas inundarán nuestros ojos.

ELENA. Perdon, mis buenos y queridos padres: yo os obedezco sin violencia, os lo confieso, y doy mi mano: hago como vosotros justicia á Sir Williams: posee toda mi estimacion, pero yo hubiera querido llevar á mi marido mi amor y... mi amor ha muerto con Mauricio.

DAVID. Pobre Mauricio! era tambien un noble corazon... y yo le hubiera dado con orgullo el nombre de hijo. El cielo que no quiso concederle la felicidad que él esperaba, le otorgó á lo menos una muerte gloriosa.

ELENA. Qué cosa tan estraña! Vosotros, los únicos confidentes de mi amor, sabeis cómo amaba yo á Mauricio: la noticia de su muerte debió causar la mia... Pues bien, si no ha sucedido así, es porque á pesar de las pruebas que me dieron de su muerte, yo dudo, yo confio todavia.

DAVID. Loca esperanza! ¿No has leido varias veces su nombre en el estado oficial de los muertos? Esa duda es ya imposible. Guarda en tu alma como un piadoso recuerdo su memoria, y deja á Sir Williams labrar tu dicha, Míra, cuando yo perdí á mi madre, á quien adoraba, creí que la ternura misma de Susana seria impotente para consolarme. Susana te dió á luz algunos meses despues, y si bien la imágen de mi madre está aquí siempre, (*Señalando al corazon.*) el dolor ya no existe.

SUSANA. Tu padre tiene razon, hija mia; no hay ningun dolor eterno: al lado de una pena ha colocado Dios una alegría. Ve á vestirte, niña; anda, que es tarde. (*Ap.*) Hoy piensa todavia en Mauricio. Dentro de un año, arrodillada junto á una cuna, pedirá á Dios por Williams.

ESCENA IV.

DAVID.—SUSANA.

DAVID. Ella amará á Sir Williams, y bien pronto nos dará gracias de haberla persuadido... sí, será dichosa. Qué hermosa tarde, Susana! Vengo de recorrer nuestros plantíos, y se nos presenta una cosecha asombrosa: todo nos sale bien, Susana; Dios nos proteje. Ah! yo me siento hoy más feliz que nunca!

SUSANA. (*Ap.*) No sé por qué su alegría me hace daño.

DAVID. (*Llamando.*) Mohammed!

SUSANA. Qué quieres?
DAVID. El correo.
SUSANA. (*Tomando unas cartas de una mesa colocada á la izquierda cerca de ella.*) Aquí está.... tienes carta de Calcuta.
DAVID. Ah! dame.
SUSANA. La esperabas?
DAVID. Sí, es del corredor que me ha hecho ya proposiciones para la adquisicion de nuestra factoria de añil. (*Leyendo.*) Las renueva.
SUSANA. Son aceptables?
DAVID. Sí, sí, muy aceptables.
SUSANA. Y tú...
DAVID. Yo no las admito.
SUSANA. (*Con tristeza.*) Y por qué? ¿No eres ya demasiado rico?
DAVID. Nuestra fortuna en liquidacion asciende... á un millon doscientos mil francos.
SUSANA. Te parece poco?
DAVID. Cierto, seria una soberbia fortuna si no tuviésemos más que un hijo; pero es preciso pensar en nuestro Pablito. Escucha, Susana, en 1860 habré yo vuelto á ganar la dote que doy á Elena... Entonces... Y bien, entonces veremos.
SUSANA. Quién sabe si entonces será tarde.
DAVID. Tarde?
SUSANA. Mira, David, yo no se qué sombrío presentimiento me persigue y me dice que nuestra prosperidad toca á su fin: todas las noches, en medio de sueños horribles, me veo rodeada de llamas, cubierta de sangre...
DAVID. Oh! pesadillas nerviosas...
SUSANA. Sin duda, pero escucha, esposo mio. Dentro de algunos meses Sir Williams habrá concluido su tiempo de servicio en la India: entonces con él y nuestros hijos podemos volver á ver la Francia, nuestra querida y hermosa patria. David, yo no te he traido en dote más que mi amor; no tengo, pues, derecho de pesar en tus resoluciones; pero si tú pudieses comprender con qué alegría volveria yo á pisar mi Turena, donde he nacido, mi pueblo que abandoné huérfana, y en el cual encontraria la tumba de mis

padres!... Oh! si tú comprendieses esto... no me rehusarias tan santa y suprema felicidad.

DAVID. Comprendo tu deseo, querida mia; pero me permitirás que no participe de tus temores.

MOHAM. (*Anunciando.*) Sir Williams Hoods, Sir Robert Watson. (*Ambos entran de rigurosa etiqueta, sobre todo Watson.*)

ESCENA V.

Los mismos.—WILLIAMS.—WATSON.

S. WILL. Permitidme, Mr. David y vos señora, presentaros al teniente Robert Watson, mi amigo de la infancia, mi condiscípulo en la Universidad y hoy mi compañero de armas.

DAVID. Vuestra mano, caballero.

SUSANA. Seais bien venido á nuestra casa, Sir Watson.

S. WAT. Perdonad, señora, que haya permitido que mi amigo me presente casi á la *negligé*; pero Williams es tan impaciente, que si le hubiese escuchado, no habria tenido ni tiempo para ponerme los guantes.

S. WILL. Es que tú necesitas una hora para esa operacion.

S. WAT. Amigo mio, los guantes no sientan bien sino cuando no se pueden meter.

SUSANA. Venis de hacer un largo y penoso camino?

S. WAT. Oh! la fatiga es lo de menos; pero el polvo ha penetrado en mis maletas y ha empañado todos mis efectos...

SUSANA. Venis de Calcuta? (*Le hace sentarse cerca de ella en el sofá.*)

S. WAT. Sí, señora.

SUSANA. Y qué noticias traeis?

DAVID. (*A Williams.*) Tenemos que hablar. (*Se dirigen al fondo hablando bajo.*)

S. WAT. (*A Susana.*) Allí no ocurre nada de nuevo, á no ser las modas venidas de Francia, encantadoras como todo lo que procede de ese bello pais. Yo amo la Francia con delirio, os lo confieso. Si Williams no me hubiese dicho que

érais francesa, lo hubiese adivinado por vuestro cordial y amable recibimiento, Seis meses se necesitan para conocer á una inglesa: para amar á una parisiense, basta una hora.

DAVID. (*A Williams.*) He recibido los papeles que esperaba de la presidencia.

SUSANA. (*A Watson.*) No habeis oido hablar de una primera esplosion de descontento entre las tropas indígenas de Bengala?

S. WAT. En mi entender, señora, se ocupan bien poco en Calcuta de esas pequeñeces.

DAVID. (*Riendo.*) Pues no sucede aquí lo mismo.

S. WAT. De veras?

DAVID. Aquí se preocupan mucho, sin razon, á mi juicio, de los misteriosos viajes de ciertos personages que recorren los campos, distribuyendo á los indígenas panecillos de rara forma y flores de loto.

SUSANA. (*A Watson.*) De modo que no habeis observado nada en vuestro viaje que justifique nuestras alarmas?

S. WAT. Absolutamente nada. (*A Williams.*) Ah! ayer á las puertas de Delhi encontré una carabana de titiriteros y danzantes que se volvian al palacio: de repente me acordé de tus bodas, y embarqué la carabana. Danzantes y titiriteros están á mi disposicion hasta mañana... ó por mejor decir, están á las órdenes de vos, señora.

MALAB. (*Entrando.*) La señorita Elena ha concluido su *toilette*. El recibimiento se llena de gente, y el señor cura espera ya en la iglesia.

DAVID. (*A Mahommed.*) Haz que avancen los coches hasta el pié del terrado.

SUSANA. David, ve á recibir á los convidados: yo voy á buscar á mi hija... (*A Williams.*) á vuestra esposa, amigo mio. Hasta ahora, señores. (*Susana, David, Mahommed y la Malabara salen.*)

ESCENA VI.

SIR WILLIAMS.—SIR WATSON.

S. WAT. Tu suegra es encantadora... si su hija se le parece...

S. WILL. Oh! Elena es..

S. WAT. Un ángel, convenido; y además te adora, no es verdad?

S. WILL. Ah!.. *(Suspirando.)* Watson, hoy se celebra nuestra union, hoy va á ser mi esposa... y sin embargo, su pensamiento hoy se ocupará de otro.

S. WAT. De otro? Tienes un rival y no le has matado?

S. WILL. Ha dos años que ha muerto.

S. WAT. Dos años? Y piensa en él todavia?

S. WILL. Sí, yo estoy celoso de ese recuerdo... que ella me ha confesado lealmente.

S. WAT. Ese recuerdo es un sueño que tu amor disipará bien pronto. Ah! esta noche te presentaré en el baile á un jóven bizarro y digno que yo queria traer conmigo, pero que tambien me ha abandonado para correr en pos de sus amores, ofreciéndome, sin embargo, no faltar á tu boda. Es un bravo soldado, un camarada de Crimea; reclamo para él tu amistad.

S. WILL. Será recibido en mi casa como se merece la persona que le presenta.

S. WAT. Gracias.

ESCENA VII.

Dichos.—LA MALABARA.—AKDAR.—CRIADOS INDIOS.

MALAB. (*Entrando.*) Todo el mundo está pronto: no se espera ya más que á Sir Williams para ir á la iglesia.

S. WILL. Ven, que vas á conocer á mi Elena. (*Salen seguidos de la Malabara; entran los criados, y despues Akdar.*)

CRIADO. *(Sonando el dinero.)* Qué buen amo es Sir David!

AKDAR. *(Saliendo del grupo.)* Sí: muy bueno.

TODOS. Akdar!

AKDAR. No habeis visto al Fakir? No os ha anunciado mi venida?

CRIADO. Sí.

AKDAR. Estais prontos?

CRIADO. Esperamos.

AKDAR. Qué?

CRIADO. La señal que nos debe venir de Meerut.

AKDAR. No se hará aguardar, y yo seré aquí quien dé á esa señal la primera respuesta.

MALAB. *(Entrando.)* Vamos, retiraos. Estoy segura que la comida se va á disponer en este terrado: aquí será la fiesta á la vuelta de la iglesia.

AKDAR. Ah! Hay fiesta hoy en casa del Sr. David?

MALAB. Akdar!

AKDAR. El mismo. El criado que Mr. David denunció y condenó.

MALAB. Tú le habias robado.

AKDAR. Ah! Sir David es un amo muy justo. Entregado por él á los jueces, yo estaba ya perdido, si una mano desconocida no hubiese venido durante la noche á abrir las puertas de mi calabozo.

MALAB. Yo conozco esa mano.

AKDAR. Ah! todo ha prosperado aquí en mi ausencia. La fortuna del amo se ha aumentado, y Miss Elena se ha puesto hermosa... sí, muy hermosa.

MALAB. Akdar, vete de aquí... si te reconocen... Piensa que has sido condenado.

AKDAR. Hoy, mujer, soy yo quien condena.

ESCENA VIII.

LA MALABARA.—*Despues* TOMÁS.

MALAB. Este hombre me espanta... Habrá entrado la desgracia con él en esta casa?

TOMÁS. *(A los criados que preparan la comida.)* Es esta la casa de Sir David? Ah! sí, reconozco á la Ma-

labara, la nodriza de Pablito... La Malabara... calla! os encuentro menos negra.

MALAB. Mr. Tomás!

TOMÁS. Tomás Belchite, alias el aragones, que viaja por la India por placer. Voto al chápiro, qué calor! Podria yo beber alguna cosa, Malabara?

MALAB. Limonada.

TOMÁS. Eso es, limonada de rom. Qué cosa tan triste es viajar por estos paises donde no hay Valdepeñas!

MALAB. *(Trayendo un vaso y una botella.)* Aquí teneis.

TOMÁS. Ya veis, Malabara, cuando quema por fuera, es menester calentarnos por dentro para restablecer el equilibrio. *(Bebe.)* Hem! Escelente rom! Pero soy tan español, que me gusta más el de Arganda. Parece como que se bebe uno el sol, segun abrasa. A vuestra salud.

MALAB. Ha vuelto vuestro navío?

TOMÁS. Sí... le ha tocado de estacion en las Indias. Bonito viaje! Todo el mundo está bueno en esta casa? Mr. y Mad. David? Pablito que debe ser ya un lindo grumete? La señorita Elena siempre hermosa? Como se va á alegrar cuando me vea!

MALAB. *(Vivamente.)* Quiera Dios que no os vea, hoy sobre todo: vuestra presencia la recordaria...

TOMÁS. Qué?

MALAB. No... no... no os pongais delante de ella.—Y con quién habeis venido desde el puerto?

TOMÁS. Con quién? con mi comandante: me he adelantado para anunciar que Mr. Mauricio Bernard no tardará en presentarse.

MALAB. Vírgen María! Estais loco?

TOMÁS. Pero qué diablos os pasa que parece que habeis empezado á desteñiros?

MALAB. Pero si Mr. Mauricio ha muerto!

TOMÁS. Muerto! Ah! sí, sí... *(Riendo.)* Es verdad, murió como teniente, pero resucito capitan.

MALAB. No os comprendo.

TOMÁS. No importa. Lo más urgente es anunciar su llegada á todo el mundo, y sobre todo á la señorita Elena. Pobre niña! se habrá creido viuda antes de... Eso es muy triste... Dónde está?

MALAB. En la iglesia.

TOMÁS. Allá voy.

MALAB. No, llegareis tarde.
TOMÁS. Tarde?
MALAB. Todo ha concluido. Acaba de casarse.
TOMÁS. De casarse!... Quién?.. quién?
MALAB. La señorita Elena.
TOMÁS. Voto á mil tempestades!.. eso no puede ser!
MALAB. Mr. David tenia las pruebas... Pero la señorita ha llorado mucho..... mucho antes de consentir.
TOMÁS. Pero ha consentido al fin: y llegamos justamente en el momento de la boda despues de haber andado trescientas leguas desde el puerto... Y mi comandante que va á llegar de un momento á otro!
MALAB. Que no venga por Dios; que no se presente... Mirad... ya vuelven de la iglesia... Corred á buscar á vuestro amo y esplicadle...
TOMÁS. Pero cómo le doro yo la píldora! Mejor me batiría con diez facciosos.
MALAB. Partid, partid.

ESCENA IX.

DAVID.—ELENA.—WILLIANS.—WATSON.—SUSANA.—*Los convidados.*

SUSANA. *(Llena de espanto, trayendo á Pablito de la mano.)* Pablo, hijo mio, tú no me abandonas!..
DAVID. Susana, qué tienes?... A qué viene esta turbacion... este desórden?
S. WAT. Piensa todavia en ese socarron de fakir... cuya insolencia me ha impedido castigar como merecia.
DAVID. Pero qué ha sido ello?
S. WAT. Nada: vos veníais algunos pasos detras y no habeis visto á ese viejo loco atravesado en el camino á orillas del Jumma sin hacer caso de nuestras voces.
SUSANA. (*A David.*) Un pobre fakir tendido con la cara vuelta á la tierra, y quebrantado sin duda por la fatiga.
S. WAT. Un tuno que se burlaba de nosotros, y que sin

vuestra generosa intervencion le hubiese hecho tomar un baño en el rio.

SUSANA. Toda violencia me hace daño: ese anciano esperaba sin duda una limosna... Yo la hice llegar hasta él por medio de Pablito que deslizó en su mano una moneda. El fakir se levantó entonces y se arrastró hasta la orilla del sendero.—«Los caminos estarán bien pronto libres, murmuró con una voz estridente, que resonó en el fondo de mi corazon; los adoradores del verdadero Dios triunfarán bien pronto.»—Despues, cuando pasé cerca de él toda conmovida, miró á Pablito y dijo muy bajo estas palabras que me han helado de espanto.—«Pobre niño, tu limosna no te podrá servir de rescate.»

S. WAT. Por Dios, señora, que dais demasiada importancia á un miserable fakir: esos pretendidos inspirados son los únicos que creen en sus necias predicciones.

DAVID. Tiene razon, Sir Watson: mira, Susana; con tus alarmas y presentimientos, nuestros convidados se inquietan y se entristecen.

S. WAT. Es verdad... ademas, yo tengo prisa de presentaros mis danzantes y mis titiriteros... alli están esperando la señal.

SUSANA. Dádsela cuando gusteis.

DAVID. (*A los criados.*) Ea, que corra el champagne como el rio Jumma. (*A una señal de Watson aparecen titiriteros y danzantes. Baile y diversion.*)

ESCENA X.

Los mismos.—MOHAMMED.

MOHAM. Sir Williams!..

S. WILL. Qué quieres?

MOHAM. El sargento Steward, que está fuera, necesita hablar á su señoria.

S. WILL. Más tarde: que espere.

MOHAM. Señor, dice que trae una órden urgente del brigadier general.

S. WILL. De veras?
DAVID. Hazle entrar. (*Steward, entra y se acerca silenciosamente á Sir Williams.*)
S. WILL. (*Bajo.*) Qué ocurre, sargento?
STEW. (*Bajo.*) Leed mi capitan.
S. WILL. En efecto, es del brigadier. (*Abriendo la carta.*) Cielos!..
SUSANA. (*Con inquietud.*) Qué dice ese pliego?
S. WILL. (*Reponiéndose.*) La órden para volverme al arsenal.
S. WAT. Mañana?
S. WILL. No: en este mismo instante.
S. WAT. Cómo! Obligarte á estar de guardia una noche de bodas, es no tener sentido comun.
S. WILL. La órden es terminante; no admite ni dilacion ni escusa.
S. WAT. Yo en tu lugar...
S. WILL. Con un buen caballo la distancia es corta, y creo que estaré pronto de vuelta... Así, pues, hasta luego, amigos mios... (*Bajo á David, dándole la carta.*) Leed, leed... (*Alto.*) Elena, esposa mia, hasta luego.

ESCENA XI.

Los mismos, menos WILLIAMS.

SUSANA. Es menester que sean muy graves los sucesos que han acontecido, cuando se llama á Williams con tanta prisa.
S. WAT. No lo creais... apostaria cualquier cosa á que se trata simplemente de algun gran personage de la presidencia cuya visita se espera, y querrán que cada uno se halle en su puesto... Ah! Williams es mejor soldado que yo. (*Mirando á Elena.*) Yo hubiese preferido el arresto...
DAVID. (*Aparte.*) Qué es lo que he leido!..
SUSANA. (*Corriendo á él.*) David, David! Sucede alguna desgracia?
DAVID. Cállate. (*A los criados.*) Salid. (*Los criados vanse.*)
ELENA. Qué teneis, padre mio?

SUSANA. (*Con firmeza.*) David, delante de la amenaza del peligro me he mostrado débil y cobarde: delante del peligro mismo, me verás fuerte y animosa... habla, amigo mio, habla.

DAVID. Pues bien: las tropas indígenas acantonadas en Meerut se han sublevado, y han asesinado á todos sus oficiales. Esas tropas marchan ahora contra la ciudad.

SUSANA. Nuestra casa está en su camino. Somos perdidos. El saqueo, el incendio, el asesinato! Oh! mis sueños, mis sueños!

DAVID. Con los criados que sean fieles estoy seguro de poder hacer una vigorosa resistencia.... En cuanto á vosotros, señores, yo creo lo más prudente que volvais á la ciudad, y por si teneis necesidad de proteger á estas señoras y defenderlas, voy á hacer que les den armas. Mohammed, Mohammed! Da á esos señores todas las carabinas y revolvers que estén vacantes... Está ya armado todo el mundo?

MOHAM. Sí, mi amo.

SUSANA. (*A la Malabara.*) Sara, coge á Pablito y no le abandones.

S. WAT. (*Bebiendo un vaso de champagne.*) Vamos, estaba escrito que las bodas habian de ser tristes. (*Mohammed, seguido de criados, trae fusiles y pistolas. En el momento de la distribucion se oye una brillante clarinada de caballería.*)

S. WAT. Es la charanga de los dragones de la Reina. (*Corre al fondo.*) Sí, reconozco el uniforme. No me he engañado... Es el brigadier general quien los manda... Van á salir al encuentro á la insurreccion. Viva Inglaterra!... (*Los convidados agitan los pañuelos gritando,* Viva!)

S. WAT. Ah! me voy con ellos.

DAVID. Qué decís? Vais á batiros en ese trage?

S. WAT. Yo esperaba un wals y se me presenta una batalla; el wals me ha faltado á mí, pero lo que es yo no faltaré á la batalla. (*Sale corriendo.*)

DAVID. (*A los convidados.*) Ahora, señores, que Dios os guarde.

CONVID. (*Repitiendo.*) Que os guarde á vos.

ESCENA XII.

DAVID.—SUSANA.—ELENA.

DAVID. (*A su muger y á su hija.*) Vosotras debiérais iros con ellos.

SUSANA. Ya te lo he dicho, David; el peligro ha reanimado mi valor, y me ha vuelto todas mis fuerzas. Nosotras no partiremos sin tí. (*Mohammed entra y mira con espanto en su alrededor.*)

DAVID. Y bien, Mohammed, qué tienes, por qué tiemblas?

MOHAM. Ah! señor, estamos vendidos.

DAVID. Vendidos!

MOHAM. Por todo el mundo,

DAVID. Esplícate.

MOHAM. Apenas los criados se han visto armados, cuando han abandonado la factoría. No queda aquí mas que la Malabara que está con el niño.

ELENA. Abandonados!

SUSANA. (*A David.*) Por esos hombres que te llamaban su bienhechor, su padre, y que esta mañana todavía llevaban acariciándole á Pablito en sus brazos...

MOHAM. Si os han abandonado, señor, á lo menos han respetado vuestra casa. No es eso lo que han hecho con otros. A lo lejos, en el campo, se ve el resplandor de los incendios.

ELENA. Es verdad... Mirad... allá abajo, la factoría Gibson devorada por las llamas.

MALAB. (*Desde el dintel de la habitacion.*) Señora, una carta que acaban de traer con toda prisa. Es de Sir Williams.

TODOS. De Williams.

SUSANA. Dame, dame! (*Leyendo.*) «Los desórdenes son más graves de lo que suponíamos. Abandonad esa casa antes que el incendio y el saqueo os cojan en ella. Venid á la ciudad mientras el general hace frente á los insurrectos de Meerut, y el puente de barcas permanece libre. Yo estoy de guardia en el Arsenal, y aquí estareis segu-

ros. Valor, Elena mia; valor, mis amigos; yo os aguardo.—Williams Hoods.»

SUSANA. No hay un momento que perder... Es preciso partir.

ELENA. (*Mirando á su padre.*) Partir todos!

DAVID. Todos?... Abandonar cuanto poseo, entregar mi fortuna al pillaje sin intentar defenderme?...

SUSANA. Te matarán David, y nuestra sola, nuestra única fortuna eres tú.

ELENA. Si os quedais, padre mio, tambien nosotras nos quedamos. Si quereis morir, moriremos juntos.

DAVID. No, no... dejadme á lo menos tomar el oro y los billetes que tengo en la caja.

SUSANA. Toma tu tesoro, David... yo voy á buscar el mio.

ESCENA XIII.

ELENA *sola.*

Sí, id... desde aquí domino el campo y observo. (*Se va al fondo y mira.*) Dios mio! salvad á mi familia, salvad á Williams, y tomad mi vida... Entonces, y sin faltar á la fé jurada, yo podré reunirme á tí, Mauricio. (*Volviendo al fondo con espanto.*) Ah! el vértigo se ha apoderado de mí... estoy loca... sí... ahora al pronunciar su nombre... sobre el camino... he creido ver á Mauricio... á Mauricio que corria á mí tendiéndome los brazos... Sí, le he visto... allí... allí... (*Va á volver al mismo sitio, cuando un grito salido de la habitacion la detiene.*) Ah! la voz de mí madre!... (*Un resplandor de incendio inunda la habitacion.*) Ah!... fuego!... fuego!...

SUSANA. (*Dentro.*) Socorro!...

ELENA. Madre mia! (*Va á precipitarse en la habitacion, cuando un grupo de criados indios salen de ella con teas encendidas; detrás de ellos aparece Akdar.*)

ESCENA XIV.

ELENA.—AKDAR.—CRIADOS.—*Despues* MAURICIO.—TOMÁS. SUSANA.—DAVID.—MOHAMMED.

AKDAR. Hemos respondido á la señal venida de Meerut... Ahora al amo... (*Deteniéndose delante de Elena cuya voz queda helada.*) Elena! la hermosa Elena!... tú serás mi parte de botin... (*En el momento de apoderarse de ella, Mauricio aparece en el fondo y dispara sus pistolas, matando á dos indios. Akdar se escapa.*)

SUSANA. (*Entrando con Pablito en los brazos.*) Ah! es demasiado tarde!

DAVID. (*Acudiendo con Mohammed armados de carabinas.*) Salgamos, seremos dos para proteger nuestra huida.

MAUR, (*Colocándose cerca de David.*) Tres, Mr. David!

DAVID.
SUSANA. } Mauricio!

ELENA. Vivo!

TOMÁS. (*Entrando.*) Ya somos cinco: un aragonés vale siempre por dos. (*En el momento en que se disponen á salir, reaparecen los indios conducidos por Akdar; pero se contienen al ver á Mauricio, Tomás y David, que les cortan la accion apuntándoles, y forman á las mugeres y al niño una barrera con su cuerpo.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

EL INCENDIO.

Esplanada del almacen del arsenal de Delhi.

ESCENA PRIMERA.

WILLIAMS *solo.*

No vienen!.. Habrán recibido mi aviso! Y si le han recibido, les será posible llegar hasta el arsenal? Sir David, es valiente; pero se encuentra solo con dos mujeres y un niño, y para llegar hasta aqui tiene que atravesar toda una ciudad presa de los demonios del infierno... Quién sabe! Tal vez hubiese sido mejor que hubieran permanecido en la factoria, y casi me arrepiento de haberles aconsejado la fuga. Solo me falta que los haya perdido buscando su salvacion.

ESCENA II.

WILLIAMS.—STEWART.—*Despues* SIR WATSON.

S. WILL. Qué noticias traeis, sargento Stewart?

STEW. Creo, capitan, que esos bribones renuncian á atacarnos esta noche. Se han retirado en masa, y las cercanias del Arsenal están tranquilas: no

se oye el fuego más que por la parte de la torre del pabellon.

S. WILL. Dónde está Watson? Despues del combate contra los rebeldes de Meerut, en que ha cargado en trage de baile, Sir Watson ha tenido la imprudencia de entrar en Delhi. Felizmente ha logrado llegar hasta el Arsenal, donde al menos está seguro. Qué hace ese querido Watson?

STEW. Ha salido, capitan.

S. WILL. Cómo?..

STEW. Le he visto salir hace una hora, por la puerta del parque.

S. WILL. (*Aparte.*) Le habrá confiado el Mayor alguna comision importante. (*Alto.*) Iba bien disfrazado?

STEW. Nada de eso, capitan; iba sencillamente con su uniforme de teniente.

S. WILL. Desgraciado!.. Van á hacerle pedazos.

STEW. Oh! no lo creais, capitan, aqui viene; (*Aparte saliendo.*) Tan tranquilo como si volviese de la parada.

S. WAT. Buenas tardes, Williams.

S. WILL. De dónde vienes?

S. WAT. Amigo mio, tienes delante al hombre más contrariado del mundo.

S. WILL. Dime de donde vienes.

S. WAT. Canario!.. del alojamiento que me señalaron ayer á mi llegada en la calle de Kachemyr.

S. WILL. Y vives!..

S. WAT. Se me figura que sí.

S. WILL. Solo tú eres capaz de cometer tal imprudencia.

S. WAT. No me riñas... Qué quieres! No vivia pensando en qué habria sido de mis maletas, y sobre todo de mi neceser de viaje. Una joya que procede nada menos que de Tahan! En buen estado la han dejado esos tunos!.. figúrate que no me queda ni una lima, ni un cepillo, ni un frasco!... Para rehacer mi perfumeria, me alejé hasta el Bazar; pero esos mandrias de mercaderes habian cerrado sus tiendas por miedo del saqueo, y aqui me tienes con los bolsillos vacios... sin un jaboncillo siquiera... Vamos, es para

darse á todos los diablos. Volvemos á las andadas de Crimea?

S. WILL. Pueden preocuparte semejantes tonterias en medio de estos horrendos desastres?

S. WAT. Tonterias!.. con qué quieres que me afeite mañana?

S. WILL. Te aseguro, Watson, que me harias reir con tu flema y tus estravagancias si no tuviese el corazon atormentado por el dolor y la inquietud.

S. WAT. Sosiégate: no tienes razon en alarmarte asi. Mira, ahora mismo acabo de castigar con mi látigo á todo un rebaño de esos perros rabiosos que amenazaba á la familia David.

S. WILL. La familia David!.. Tienes noticias...

S. WAT. Y escelentes. Los David se han arruinado, exactamente como yo: su fortuna se halla en el mismo estado que mi equipaje; robado, saqueado... pero lo que es ellos... ni un arañazo. Acudian á tu llamamiento para buscar un refugio en el Arsenal; pero desgraciadamente, fueron rechazados, arrastrados por las turbas hasta el jardin de la Presidencia. Allí reconocí á Mr. David haciendo frente al enemigo. (*Mostrando el látigo.*) Este mueble me ha bastado para hacer brecha en aquella apiñada multitud, y abrir camino á los David hasta la puerta de Kaboul... Apropósito: por esta puerta han abandonado la ciudad para ganar las orillas del rio... no pueden menos de encontrar alli una barca... y se han salvado!... Yo los acompañé hasta la puerta de Kaboul... por pura política... No hay la menor sombra de peligro.

S. WILL. Sin embargo, han disparado contra tí.

S. WAT. (*Con indiferencia.*) Contra mí?.. No sé... Ah! sí, cerca de la caserna de Kellat nos han tiroteado un rato, por lo que tomé el brazo de mistres David para ayudarla á atravesar la plaza.

S. WILL. Y para hacerla una muralla con tu cuerpo. Hay dos balazos en tu sombrero, y tu charretera derecha está partida.

S. WAT. Cáspita!.. y el uniforme que es nuevo!... flamante! está visto; no podré presentarme en ninguna parte.

S. Will. Querido Watson, gracias á tí, nada tengo que temer por Elena.

S. Wat. Elena?

S. Will. Ahora que está fuera de la ciudad...

S. Wat. Cómo! no ha venido aqui?

S. Will. Aqui?

S. Wat. Sin duda. Toda la familia se dirigia á reunirse contigo, cuando una turba ha separado violentamente á Elena de los suyos. En aquel momento, los David tocaban casi al Arsenal y los pobres habian creido ver llegar á su hija á la puerta principal, cuando esa puerta se cerró detras de ella.

S. Will. Oh! Dios mio! Elena perdida en medio de ese tumulto!.. Mi deber de soldado me retiene aqui, y mi Elena está sola... sin defensa!

S. Wat. No lo creas; Sir David me lo ha dicho... Elena tiene un protector y respondo de ella, Willians.

Stew. (*Entrando.*) El mayor Willoughby.

ESCENA III.

Williams.—Watson.—El Mayor.

Mayor. Traicion por todas partes, señores!.. he recibido órden de replegar los tropas, y de reunirme en seguida con el brigadier Grave, que ha tomado posicion sobre las colinas.

S. Will. Van los soldados de la reina á evacuar el Arsenal?

Mayor. Sí, capitan; á escepcion del almacen de pólvora, del cual teneis el mando: ya comprendeis que es preciso no dejar al enemigo esa inmensa provision. Sin embargo, no hay necesidad de prender fuego al Arsenal, sino cuando nuestros soldados estén bastante lejos, á fin de que no esperimenten daño con la esplosion. Mi querido Williams, teneis un terrible deber que cumplir, una horrenda consigna que ejecutar; pero, os conozco, Williams, conozco á los hombres que mandais, y sé que cumplireis con ese deber y

que la consigna será rigorosamente ejecutada.

S. WILL. Hablad, Mayor.

MAYOR. Os defendeis hasta el último estremo, y tomadas que sean nuestras posiciones, hareis saltar el polvorin.

S. WILL. Bien está, Mayor: ¿qué número de hombres me dejais?

MAYOR. Ocho!

S. WAT. Sin contar el teniente Watson que tiene el honor de representar aquí á la guarnicion de Calcuta. Somos nueve.

MAYOR. Sir Watson, no haceis servicio en Delhi y no tengo órdenes que daros; sois dueño de quedaros si quereis; pero os suplico que me sigais. Bastante sacrificio hacemos con los valientes que el deber condena á una muerte casi segura!

S. WAT. Mayor, he admirado siempre á los griegos en las Termópilas... Eran trescientos; nosotros no seremos más que nueve y vamos como ellos á detener á un ejército. Como estas ocasiones no se presentan nunca dos veces, voy á aprovecharme. Siempre me ha gustado vivir bien... no me disgustará tener una buena muerte. *(Redoble de tambor dentro.)*

MAYOR. La señal de la partida. (*Quitándose el sombrero.*) Que Dios salve á los valientes!

ESCENA IV.

WILLIAMS.—WATSON.

S. WILL. Watson, tú no te quedarás.

S. WAT. (*Con frialdad.*) Me quedaré.

S. WILL. Nada te retiene en estas murallas... Watson, amigo mio, te lo pido encarecidamente... sal del Arsènal antes que empiece el ataque... No aguardes aquí la muerte... vé á buscarla allá abajo... quizás encuentres á Elena... quizás puedas salvarla con la ayuda de Dios.

S. WAT. Abandonarte yo, á tí, mi mejor amigo, mi hermano?..

S. WILL. Por ventura, no estoy condenado? Nada puedes

hacer por mí, sino hundirte conmigo en el abismo en que vamos á sepultarnos. Si cedes á mis ruegos, si la Providencia pone á Elena en tu camino... Oh! devolverás una hija á su madre! Si no puedes hacerlo sino á costa de tu sangre, yo la acepto, pues correrá por Elena.—Dónde vas?

S. Wat. Donde me mandas.

S. Will. Gracias; y adios. (*Tendiendo la mano á Watson.*) Adios, amigo mio.

S. Wat. Bah!.. porqué no hasta luego? (*Se detiene un momento antes de salir.*) Williams! (*Se arrojan silenciosamente en brazos uno de otro. Váse.*)

S. Will. (*Solo.*) Vamos, el cielo se apiada de mí, pues que no ha permitido que Elena llegue hasta aquí.

Stew. (*Entrando.*) Capitan, capitan: mistres Elena.

S. Will. Ella!.. Dios mio! Dios mio!.. (*Elena entra acompañada de Mauricio, que se queda aparte.*)

ESCENA V.

Williams.—Elena.—Mauricio.

Elena. Mi madre, Sir Williams, quiero ver á mi madre!.. Es cierto, que está en el Arsenal con mi padre y Pablito?.. Qué es eso? no me respondeis?.. desgraciada! ya no los volveré á ver!

S. Will. Tranquilizaos, mi querida Elena, vuestra familia está en salvo, os lo juro, y voy á conduciros á su lado.

Elena. Pero dejaros á vos... á mi esposo... cuando os amenazan mil peligros..... no, no haré tal. (*Echando una mirada á Mauricio.*) Me quedaré... me quedo!

S. Will. Elena!.. escuchadme: os oigo y os veo con una inmensa alegria, pero es preciso separarnos.

Elena. Imposible!

S. Will. No podeis quedaros aqui en medio de este tumulto y de estas armas!.. yo soy un soldado, pertenezco á Inglaterra, y separado de vos por mi consigna, quizá no pudiera protejeros como

mi corazon desease.

ELENA. Os repito que me quedo.

S. WILL. Puedo morir!..

ELENA. Oh! no digais eso.

S. WILL. Perdon, Elena, perdon, por haberos asustado neciamente... Pobre niña!.. Estais aniquilada de fatiga...

ELENA. Oh! es verdad... Tantas emociones, tantos dolores á la vez...

S. WILL. Descansad, al menos un instante... Entrad allí, (*Aparte.*) Cómo decidirla á partir?

ELENA. (*Bajo á Mauricio.*) Adios, no nos volveremos á ver jamás.

MAUR. (*Idem.*) Jamás!

S. WILL. (*Volviéndose.*) Quién es ese hombre?

ELENA. Ese hombre, Sir Williams, es mi salvador. (*Sale rápidamente.*)

ESCENA VI.

WILLIAMS.—MAURICIO.

S. WILL. Ah! el protector de quien Sir Watson me hablaba hace poco!.. (*Alto.*) Bendito seais, caballero, que la habeis defendido... No os conozco, pero sois honrado y leal... Lo leo en vuestras facciones. Elena, acaba de llamaros su salvador y debeis terminar vuestra obra. Llevad á Elena lejos del Arsenal... Oh! muy lejos, porque aqui, caballero, solo le espera la muerte... la muerte para todos!

MAUR. Sir Williams, me llamo Mauricio Bernad.

S. WILL. Vos?.. Vos!.. (*Aparte.*) Mauricio!.. ella le amaba... quizá le ame aun... No importa: la salvará, sí, la salvará aun á costa de su vida! (*Pausa.*) Mr. Mauricio Bernad, conozco el pasado y todo me lo ha dicho vuestro nombre: no puedo confiar mi honor en manos más leales... Si es cierto que amais á Elena, sabreis morir por ella si es necesario... Morir por ella... Ah! cuánto os envidio esta felicidad!

MAUR. Qué juramento quereis, caballero?

S. WILL. Ninguno... vuestra mano en la mia.
MAUR. Disponed de mí.
S. WILL. Veis los jardines de la Presidencia, el campanario de la iglesia de S. Jaime y la caserna de Kellah? Pues bien, vais á tomar esa ruta para ganar la puerta de Kaboul. Ese camino sigue la familia David... A tres millas de esa puerta, en un sitio en que la vereda que costea el rio penetra en un bosque de nopales, encontrareis seguramente una barca, ajustareis el pasage con los bateleros indios, y os conducirán al fuerte de Agra; una vez en él, habreis salvado á Elena.
MAUR. Y entonces me alejaré de ella para siempre..... Os lo juro.
S. WILL. No, no jureis... (*Aparte.*) Entonces será ya viuda. (*Alto.*) Ultimo favor. No quiero volverla á ver... ya comprendeis... necesito de toda mi tranquilidad, de todo mi espíritu... decididla á que parta sola... si la sorprende mi ausencia, decidla que no estoy en el Arsenal, que el servicio me ha llamado á otra parte... salid, caballero, salid. (*Vase Mauricio.*) (*Solo.*) Ahora puedo morir. Ya no hay aquí más que un soldado.

ESCENA VII.

WILLIAMS.—STEWART.—AKDAR.—ARTILLEROS INGLESES.

STEW. Capitan, aquí viene un parlamentario.
S. WILL. Que se acerque!.. (*Entra Akdar con los ojos vendados.*) Quitadle esa venda.
AKDAR. Inútil precaucion! Cuando el indio no vé, escucha... Akdar sabe que tiene delante toda la guarnicion del Arsenal.
S. WILL. Vamos, habla: qué quieres?
AKDAR. No hay ya más ingleses que vosotros en la ciudad, y vengo á intimaros que me entregueis las llaves del polvorin.
S. WILL. (*Señalando á los cañones.*) Alli las tienes!

AKDAR. Nada de brabatas! Bien sabeis que toda resistencia es imposible.

S. WILL. Allí las tienes, te digo; y voy á enviárselas á tu dueño envueltas en la metralla de que esos cañones están cargados hasta la boca.

AKDAR. Muere, pues, orgulloso. (*Se vuelve para salir y se encuentra frente á frente de Tomás.*)

ESCENA VIII.

Los mismos.—TOMÁS.

TOMÁS. Ah! ya estás aquí, tunante! Qué gana tengo de saltarte la tapa de los sesos!

S. WILL. Deneneos!

TOMÁS. Pero mi capitan, no sabeis que en la jarana de esta noche, ha herido á Mr. Mauricio, y anda buscando á la señorita Elena para robarla?

S. WILL. (*Con ademan de arrojarse sobre él.*) Miserable!

AKDAR. Akdar ha venido como parlamentario.

S. WILL. Tienes razon... Vete, vete de mi vista.

AKDAR. (*Aparte.*) Yo sabré encontrar á tu Elena.

TOMÁS. Escucha, cara de ocre: se me ha puesto en la chola que te he de matar, y te advierto que soy aragonés. Un dia ú otro nos entontraremos, y no te digo más. (*Vase Akdar.*)

S. WILL. (*A Tomás.*) Quién sois vos?

TOMÁS. Tomás Belchite, alias el Aragonés, marinero español, al servicio de la Francia, asistente de Mr. Mauricio, y un hombre que viaja por la India por su gusto. Mr. David, á quien acompañaba, ha logrado salir de la ciudad y me envia á deciros que se vá á embarcar con su familia para Agra.

S. WILL. Ah! el cielo nos ha inspirado á los dos el mismo pensamiento.

TOMÁS. Mr. David se halla oculto á tres millas por bajo de Delhi, en un bosque de nopales, y allí espera hasta el anochecer á la señorita Elena y á Mr. Mauricio, que deben hallarse aquí.

S. WILL. Ya están en camino para reunirse con él.

TOMÁS. Mi comandante se ha salvado!. De alegría, casi se me han quitado las ganas de beber.

S. WILL. Ea, ahora marchaos en seguida.

TOMÁS. Marcharme?.. No debe ser muy cómodo andar ahora... y despues este olorcillo á pólvora que me gusta casi más que el Yepes, me obliga á quedarme. En un Arsenal no está demás un artillero.

S. WILL. (*Alargando la mano.*) Bien, valiente! (*A los artilleros.*) Camaradas, dividamos el trabajo...

STEW. Es menester ante todo, ahondar los barrenos y trazar los regueros de pólvora.

S. WAT. (*Entrando.*) Todo está hecho.

S. WILL. Watson!.. No te has marchado!..

S. WAT. He visto entrar en el Arsenal aquella á quien me habias mandado á buscar, y como no tengo ya motivo para irme, me quedo. Elena y Mauricio acaban de abandonar el polvorin. Ya estamos solos y podemos hacerle volar cuando queramos.

TOMÁS. Ah! ah! Aquí se trabaja bien... Me acuerdo del sitio de Zaragoza que me contó mi abuelo.

STEW. (*En el fondo.*) Capitan, el ataque comienza. (*Fuego de cañon fuera.*)

S. WILL. Todo el mundo en su puesto! Cuando os veais arrollados, clavad las piezas, y replegaos á este último recinto... No os exijo ningun juramento, amigos mios; encomendad vuestra alma á Dios, y cumplir con vuestro deber.

TODOS. Lo cumpliremos! (*Preparativos de combate.*)

TOMÁS. (*Entusiasmado.*) Viva la morena del Pilar, compañeros!.. Estos son hombres... Lástima que no sean aragoneses!..

S. WILL. (*A Tomás.*) Tú, dónde te colocas?

TOMÁS. En compañía de esta pieza que se fastidia de estar sola... Voy á casarme con ella.

S. WILL. Esa la habia reservado para mí.

TOMÁS. Entonces, partiremos la mujer.

S. WILL. Bien: así, si yo muero, habrá quien dispare todavía.

TOMÁS. Gracias, mi capitan. (*Griteria fuera.*) Vírgen de Atocha! Empiezo á creer que no viajo por la India por mi gusto. (*El combate se empeña con

furor.) Zafarrancho general! Hé aqui un hombre convertido en cartucho! Vaya una gritería!. Voy á contestarles. (*Dispara.*)

S. Will. Apuntad bien, valiente! (*Á Stewart.*) Valor, sargento Stewart! (*Stewart cayendo sobre la pieza.*)

Stew. Valor, vosotros!

S. Will. Muerto!!

S. Wat. Somos arrollados!.. No hay medio de resistir.

S. Will. Que sea tuyo el honor, amigo Watson. (*Le entrega la mecha encendida y se coloca cerca de él.*)

S. Wat. Gracias! (*Watson aplica la mecha al reguero de pólvora.*)

S. Wat.
S. Will. } Viva Inglaterra.

Tomás. (*Aplicando la mecha tambien á su cañon.*) Viva España! (*Esplosion formidable. Todo se desploma y por cima de las ruinas se divisa á Delhi en lontananza envuelto en llamas.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

LOS ESTRANGULADORES.

Selva á orillas del Jumma, cuyas sinuosidades se pierden bajo ramas entrelazadas y enredaderas pendientes. La familia David y Mauricio Bernad aparecen en el fondo, en una barca que conducen dos indios por el rio.

ESCENA PRIMERA.

MAURICIO.—SUSANA.—ELENA.—DAVID.—PABLO.—DOS INDIOS.

INDIO 1.° Ya lo veis, mi amo; es imposible ir más lejos.

DAVID. Sí, la barca se sumerge y no tenemos tiempo más que para atracar en la ribera.—Mauricio, ayudad, á bajar á Susana. Ven, Elena. Tú, Pablo, en mis brazos. (*Apenas echan pie á tierra, la barca se sumerge y desaparece.*) La barca se ha ido á pique.

SUSANA. Cómo ha ocurrido esa catástrofe tan repentinamente?

INDIO 1.° Sin duda por el choque de algun tronco de árbol seco que bajaba por el rio.

MAUR. Lo más original es que no hayamos sentido ningun sacudimiento.

INDIO 1.° Mi pobre lancha!.. Qué pronto ha hecho agua!.. Era nuestro único recurso.

DAVID. No os aflijais por eso: yo os lo pagaré.

INDIO 1.° (*Alargando con viveza la mano.*) Gracias, mi amo.

SUSANA. (*Bajo á David.*) Guárdate de hacerles creer que tienes dinero. (*Alto.*) Somos pobres, amigos mios, muy pobres; pero continuad sirviéndonos con lealtad, y más tarde sereis recompensados.

INDIO 1.° (*Alejándose.*) El indio es paciente... El indio sabe esperar.

MAUR. No se podrá sacar á tierra la embarcacion, componerla y proseguir nuestro viaje?

INDIO 1.° Imposible, mi amo. Mirad, la ribera está en pendiente, por manera que la misma desgracia hubiese ocurrido veinte pasos más arriba ó más abajo por los ribazos de arena que bajan hasta el nivel del rio.

MAUR. Es decir, que se ha encallado aqui espresamente.

DAVID. Qué increible fatalidad!.. Esa barca era nuestro único medio de salvacion... Estamos lejos de la confluencia de las dos riberas?

INDIO 1.° Estamos en ella, mi amo.

DAVID. Entonces nos hallamos á diez leguas de Calpée, y de Calpée á Cawnpore la distancia es corta: una vez en Cawnpore no tendremos nada que temer. Decidme, camaradas, ¿no podríamos ganar esta última ciudad penetrando en la Scíndia?

INDIO 1.° El amo olvida que no tenemos barca, y que la Scíndia está al otro lado del rio.

DAVID. Es verdad.

PABLITO. Atravesémosle, papá: yo sé nadar.

DAVID. Pero, hijo mio, y tu madre? y tu hermana?.. Cómo podrían seguirnos?

MAUR. (*Contempla á Elena en silencio, la cual ha ido á sentarse en el tronco de un árbol. Aparece insensible á cuanto pasa á su lado.*) Sufre... y apenas me atrevo á acercarme á ella.

INDIO. Lo mejor es permanecer en los juncos, aquí, en este mismo sitio; la noche tiende ya su velo, y de aquí hasta el amanecer, tiempo há de sobra el amo para tomar un partido.

SUSANA. Tiene razon.

INDIO 1.° (*A su compañero.*) Encendamos fuego.

SUSANA. Fuego?...

INDIO 1.° Para alejar á los tigres. (*Cogen juncos secos y los inflaman rápidamente.*)

SUSANA. (*A David.*) Contempla en qué profundo estupor se halla sumida nuestra pobre Elena... (*A Elena.*) Hija mia!..

ELENA. (*Respondiendo á una idea fija.*) El polvorin ha volado!...

SUSANA. Durante nuestra marcha, desde la terrible esplosion, no ha pronunciado otras palabras... Elena, yo te lo ruego... vuelve tus ojos, soy yo..! tu madre.

ELENA. El polvorin ha volado!..

SUSANA. Dios mio!.. Se habrá vuelto loca?

MAUR. (Esto es horrible.) (*Acercándose á Elena.*) Elena...

ELENA. (*Con espanto.*) ¡Oh! no me hableis, no me hableis.

PABLITO. Es nuestro buen amigo Mauricio.

ELENA. Mauricio? Ah! me hace daño oir ese nombre... Soy la viuda Williams por quien llevo luto toda mi vida... (*Arrojándose en los brazos de Susana.*) Ah! madre mia, soy muy desgraciada!

SUSANA. Llora!... Se ha salvado!

ELENA. (*A Susana y David.*) Perdonadme si añado mi dolor á todos los que os agovian.

SUSANA. No sofoques tus sollozos, hija mia... dá libre curso al llanto... Prestan tanto consuelo las lágrimas!

ELENA. Mauricio!..

MAUR. Vuestro hermano, Elena, vuestro hermano.

INDIO 1.° Las mujeres blancas tendrán necesidad de reposo; pueden acostarse en esta *deodora*, donde les hemos preparado un lecho de yerbas, cubierto de grandes hojas de palmera.

DAVID. Os doy las gracias por ellas.

MAUR. Suspendiendo de las ramas estos pedazos de tela, vamos á proporcionaros un abrigo. (*Pablo despues de haber hablado con su hermana, á quien hace sentarse, se acerca á Mauricio y se pone á trabajar tambien.*)

SUSANA. (*A David.*) ¿Recuerdas, David, aquel cuadro francés que adornaba nuestra sala principal?

Pues bien, aquel grabado representaba una pobre familia arrojada de su casa por los acreedores, y caminando por campos despoblados. El padre iba solo delante; detrás venia la mujer con un niño de la mano... una jóven los precedia llorando... Quién me hubiese dicho, al contemplar aquella triste pintura, quién me hubiese dicho que antes de poco nuestra familia, tan feliz y tan rica, habia de facilitar al pincel de un artista una copia de aquel cuadro de desolacion y miseria?

DAVID. Valor, esposa mia.

SUSANA. ¡Oh! lo tendré, amigo mio.

MAUR. Albricias, señoras!... Esos hombres acaban de armaros un verdadero lecho...

SUSANA. Elena, vé á descansar un rato sobre esas hojas.

ELENA. No... no quiero separarme de vuestro lado.

SUSANA. ¡Te harán tanto bien algunos instantes de sueño!.. Vamos, sé razonable, hija mia; Pablo se echará á tu lado.

PABLITO. No tengo sueño; velaré á mi hermana.

SUSANA. Vamos, pronto iré yo tambien á acompañaros.

ELENA. (*Aparte.*) Ah! cuánto sufro! (*Entra con Pablo en la tienda.*)

MAUR. Yo voy á esplorar el bosque.

DAVID. Sed prudente... Estais armado?

MAUR. Me acompaña mi carabina.

DAVID. Tomad tambien este revolver... Al menor peligro, haced fuego para que pueda correr en vuestra ayuda. (*Mauricio se aleja.*)

ESCENA II.

Los mismos, menos MAURICIO.

INDIO 1.° Por Mahavedá, hermano, la noche es soberbia. (*Cantando.*)

«Peligrosa es la espesura
de la floresta sombria;
vela el tigre, y la serpiente
silba, arrastrándose, silba...»

SUSANA. (*Cerrando la tienda tras sus hijos.*) Esa cancion...

David. Qué tienes? Mil veces la hemos oido recitar á nuestros trabajadores indios.

Indio 1.° «Peligrosa es la espesura...»

David. Suspended vuestro canto... mistres David os lo ruega.—Vamos, Susana, busquemos juntos los medios de continuar nuestro viaje.

Susana. A falta de barca ¿no podriamos procurarnos algunos caballos en las cercanias?

David. Oh! no: pudieran hacernos traicion y entregarnos á los cipayos. La insurreccion ha debido estenderse hasta aqui.

Susana. En ese caso, esperemos nuestra salvacion de Dios y de nosotros mismos. «Ten valor,» me has dicho hace poco, y te he respondido: «lo tendré» pues bien, sí, lo tendré. Cuando hayan descansado nuestros hijos, partiremos de nuevo, vadeando á pié las orillas del Jumma.

David. Eso es imposible: Pablito no podria seguirnos.

Susana. Encárgate tú de nuestro equipage con Mauricio: Elena y yo llevaremos á Pablo.

David. Pobres mujeres!.. confiais demasiado en vuestras fuerzas. Ademas, conozco demasiado estas veredas que no han sido jamas holladas por el pié del hombre; fieras, pantanos infectos, precipicios encubiertos bajo las enredaderas; he ahi lo que hallareis en este camino: despues de una hora de marcha caereis abrumadas de fatiga; devoradas por la fiebre, moribundas!..

Susana. Qué hacer entonces, qué hacer?

David. Y soy yo la causa de tantas desgracias!..

Susana. Qué dices?..

David. Sí, Susana, soy yo. Si te hubiese escuchado, nos encontrariámos ahora en Europa; pero me he reido de tus presentimientos, creyéndolos quimeras!... yo el hombre de corazon, el orgulloso señor!.. Cuando tu mano temblaba en la mia, cuando tu voz evocaba los recuerdos de tu amada patria y tus ojos se llenaban de lágrimas murmurando con voz suplicante «marchemos, marchemos:» me decia: debilidad mujeril!... capricho de niño!.. y en mi vanidad presuntuosa, en mi ciega confianza en mí mismo, hubiese tomado á humillacion escuchar tus con-

sejos, sucumbir á tus ruegos... Ya ves, Susana, que soy yo quien os ha perdido.

SUSANA. No hableis asi... El dolor te estravia.

DAVID. Y es verdaderamente un noble objeto el que me ha retenido en la India!.. Otros mil en mi lugar se hubiesen contentado con una medianía honradamente adquirida, pero Sir David no se satisface con la humilde y modesta ambicion de las gentes vulgares: lo que necesita es la fortuna, la opulencia... no hay felicidad en el mundo sin millones... A la obra, pues, negociante codicioso!.. trabaja, especula, ahorra, amontona... Insensato!.. Qué se hizo de tu fortuna? Cenizas, despojos, nada!.. Mira á tu familia errante y fugitiva, que despues de haberla arrojado á un abismo, eres impotente para sacarla de él... Ah! vamos; Susana, acúsame, maldíceme; lo tengo merecido!

SUSANA. Acusarte yo?.. Qué mal me conoces! Yo maldecirte? A tí cuya existencia ha sido un contínuo y penoso sacrificio hecho en aras de tu familia? Escucha, David: ignoro lo que Dios nos tiene reservado, pero voy á abrirte mi corazon como lo haria en la hora suprema: quiero persuadirte, convencerte de que no hay ni ha habido hombre más fiel á sus deberes, más digno de estimacion y cariño que tú. Ahora que asoman los dias de prueba... Oh! la parte vulgar de la existencia desaparece, las palabras y el alma se sienten inundadas de una luz purísima y divina... Así es que te contemplo tal como eres y te comprendo y te bendigo, David mio: sí, te bendigo y te amo!..

DAVID. Susana mia!.. mi noble y querida esposa!..

SUSANA. La elegante morada que habitábamos, no es más que un monton de ruinas, es verdad; pero nuestra dicha no se ha consumido con nuestra fortuna. No lloremos, pues, por lo que hemos perdido... no arrojemos tampoco una mirada hácia atrás... Amigo mio, qué nos importa el pasado? (*Señalando la tienda.*) Nuestro porvenir está ahí.

DAVID. (*Saliendo de la tienda.*) Mamá, Elena duerme.

SUSANA. Y tú, ángel mio, es preciso que duermas tambien.

PABLITO. Oh! no, los hombres deben velar... no seré yo quien me acueste.

SUSANA. Sus ojos se cierran á pesar suyo.

DAVID. Ah! esa barca... esa barca...

ESCENA III.

Los mismos.—MAURICIO.

MAUR. Dejadla que se pudra en el fondo del rio, monsieur David: antes de una hora tendremos otra.

SUSANA. Otra?

DAVID. Será posible?

MAUR. No he querido participaros mi proyecto hasta asegurarme que era realizable. Esplorando el bosque, he encontrado con qué fabricar precipitadamente una balsa. He derribado los mejores bambúes que he hallado al paso, y solo nos resta atarlos sólidamente con enredaderas.

DAVID. Pero eso es la salvacion!

MAUR. Lo espero al menos. (*A los indios.*) Vamos, arriba; venid á ayudarnos.

INDIO 1.° Esta es la hora del reposo, no del trabajo.

MAUR. Rehusais?..

INDIO 2.° Somos barqueros, no leñadores:

MAUR. (*Amenazándolos.*) Tunantes!.. (*Los indios se embozan en sus mantas y se echan tranquilamente en los juncos.*)

DAVID. (*Bajo á Mauricio.*) Tranquilizaos, querido Mauricio; rehusan por espíritu de raza únicamente. Un indio no puede, so pena de sacrilegio, abandonar la profesion en que ha nacido: esos dos hombres son barqueros, y los haríais pedazos antes què obligarles á manejar otras herramientas que sus remos.

MAUR. Pues bien, pasémonos sin ellos.

SUSANA. (*A David que toma una hacha como Mauricio.*) Vas á dejarnos solos?

DAVID. No hay nada que temer; no es verdad, Mauricio?

MAUR. Absolutamente nada, señora David... Además, que apenas si nos separan cien pasos... Trabajaremos oido alerta, y á la menor señal, al menor grito volaremos en vuestro socorro.

SUSANA. Idos, pues.

DAVID. Valor, Susana!... Venid, Mauricio. venid. (*Se alejan. Susana los acompaña un instante, y entra pensativa trayendo á Pablo de la mano.*)

ESCENA IV.

SUSANA.—PABLO.—ELENA *en la tienda.*—LOS INDIOS *tendidos en el suelo.*

IND. 1.° Has oido, Samid? Van á fabricar una balsa.

IND. 2.° Los thuggs llegarán demasiado tarde.

INDIO. No... si hay quien los avise... Silencio!... Es necesario que la mujer del amo nos crea dormidos... haz lo que yo, Samid. (*Se echan encima un cobertor tapándose las cabezas.*)

PABLO. A mi lado no tienes miedo, no es cierto?

SUSANA. Seguramente que no. (*Ap.*) Debe estar abrumado de fatiga. (*Alto.*) Ven, ponte sobre mis rodillas, aquí... en mis brazos.

PABLO. No, no quiero dormir.

SUSANA. (*Dirigiéndose á él con dulzura y teniéndole en las rodillas.*) Quién te habla de dormir? Pablo es un niño robusto y fuerte que arrostra la fatiga, un buen hijo que vela junto á su madre para defenderla. Ya no seremos desgraciados mucho tiempo... mañana tal vez, tu padre me lo ha prometido, llegaremos á Calpée, tomaremos té como en nuestra casa, y nos acostaremos en un mullido lecho... (*Mirándole.*) Duerme! Un beso ha bastado para cerrarle los ojos! Oh! sueño de los niños, sueño de los ángeles!... (*Llevándolo á la tienda.*) Le pondré junto á su hermana... Gozad dulcemente del reposo que Dios os envia, hijos mios... vuestra madre os vela...—Esos indios duermen tambien profun-

damente... sí, sí... no hacen el menor movimiento... Pobres gentes!... nunca me perdonaré el haber sospechado de ellos...—Todo está tranquilo á mi alrededor... nada se siente en el espacio... el tigre no ha rujido una sola vez siquiera... solo se oye el murmullo del Jumma que interrumpe blandamente el silencio de la noche...—David y Mauricio han encendido allá abajo otro fuego á cuyo resplandor los distingo entre los árboles... Creo que me han visto tambien... Sí, sí; me hacen señas con la mano y vuelven al trabajo con energía... todo va bien... (*Una pausa.*) Es estraño... Mis párpados se cierran, y vacilo á pesar mio... No, no quiero dormir! el movimiento y el aire van á triunfar de esta pesadez... Y luego, la conciencia de mi deber, la responsabilidad que pesa sobre mí, me obligarán á estar vigilante... No quiero... no debo dormir... Andemos, andemos...—Imposible sacudir este letargo... rasgar el velo que se condensa ante mis ojos... se turba mi vista... apenas puedo sostenerme... y vacilo y... (*Cae de rodillas.*) Nada oigo... nada veo... y duermo... y duermo!... Oh, desgraciada!... Qué va á ser de mis hijos?... Quién velará por ellos?... (*Duerme á pesar suyo. De repente se oye un ligero ruido del lado del ribazo. Susana, soñolienta siempre, se estremece y levanta la cabeza.*) Qué ruido es ese? (*Mira con ansiedad hácia el rio.*)

ESCENA V.

SUSANA.—*Sus hijos en la tienda.*—LOS THUGGS.

SUSANA. Es una piedra que ha caido en el rio... (*Nuevo ruido.*) Otra vez?.. Cómo han podido desprenderse del ribazo?.. Calla!.. La arena acaba de crujir y siento un movimiento imperceptible entre la yerba... Cielos?.. no estoy soñando, no... Ahora, pienso, y oigo, y veo... Ah! (*Dos indios medio desnudos atraviesan silenciosa-*

mente el declive; bajan de él á gatas y los brazos estendidos adelante, se arrastran hácia la tienda.) Los thuggs!.. los estranguladores!.. Dios mio!.. David!.. Mauricio!.. (*Con voz apagada.*) Socorro!.. (*Con voz más sofocada.*) No puedo más... yo, me ahogo... yo, me ahogo...

PABLITO. (*En la tienda.*) Mamá!.. mamá!.. (*Galvanizada por este grito, se lanza de un salto junto á Pablito y Elena, y los cubre con su cuerpo.*) Miserables!.. (*Los indios viéndose descubiertos retroceden, y desaparecen á tiempo que entran David y Mauricio.*)

ESCENA VI.

Los mismos.—DAVID.—MAURICIO.

MAUR. Qué sucede?

SUSANA. (*Señalando el rio.*) Allí... allí...

DAVID. No veo nada...

SUSANA. Yo sí... los he visto...

DAVID. Elena, qué ha pasado aquí?

ELENA. No lo sé, padre mio; atormentado, sin duda, por una pesadilla, Pablo lanzó un grito y me ha despertado... no sé más.

SUSANA. Os digo que estaban ahi...

DAVID. Pero, de quién hablas?

SUSANA. De los thuggs, de los estranguladores.

DAVID. Vuelve en tí, mi buena Susana; nada hay en torno nuestro que nos haga sospechar.—Sin duda has estado, como Pablo, bajo la influencia de un penoso sueño.

SUSANA. Y no me créen!..

DAVID. Además, estos indios, al menor ruido, se hubiesen levantado para defenderos.

SUSANA. Sueño inesplicable, en efecto.

DAVID. Despertadlos, Mauricio.

MAUR. Basta de sueño!.. Vamos, arriba! (*Levanta el cobertor. Los indios han desaparecido.*) Traicion!.. Se han escapado deslizándose por entre las plantas.

SUSANA. Ah!... Me creeis ahora?

DAVID. Sí, y todo se esplica perfectamente. Esos *careyars*, son sectarios de Kah, la diosa del mal, y ellos son los que han agujereado la barca y escojido este desierto para celebrar uno de sus monstruosos sacrificios.

ELENA. Qué horror!..

SUSANA. Pero volverán?..

DAVID. No; esos fanáticos no atacan dos veces á la misma víctima. (*Se oye á lo lejos una marcha militar.*)

SUSANA. Qué es eso?

MAUR. Un cuerpo de ejército que pasa por las lindes del juncal.

SUSANA. De ingleses tal vez?

DAVID. Ah! no; reconozco el sonido de las largas cornetas indias. Apagad pronto esos fuegos.

SUSANA. Sí... sí... antes los tigres que los cipayos.

DAVID. Mirad, Mauricio, un hombre se dirije aquí, por entre los árboles.

SUSANA. Somos descubiertos!

MAUR. Me parece que distingo el uniforme inglés.

DAVID. Teneis razon; será algun desgraciado prisionero que intenta salvarse del suplicio, huyendo.

MAUR. Le protegeremos; no es verdad? (*Alzando la voz.*) Por aquí, caballero, por aquí.

DAVID. Ya os ha oido... Por este lado llega.

ESCENA VII.

Los mismos.—WATSON.—*Luego* TOMÁS.

TODOS. Sir Watson!..

S. WAT. Mr. Mauricio!.. La familia David!

MAUR. Sir Watson, teneis detras de vos una sombra peligrosa, de la cual voy á desembarazaros. (*Apuntando.*)

S. WAT. Deteneos! (*Entra Tomás disfrazado de indio.*)

TOMÁS. No tireis... demonio!.. que os vais á quedar sin asistente.

MAUR. Tomás!

TOMÁS. Mi comandante! he cambiado de raza. Ya no soy aragonés; me he hecho cipayo.

MAUR. Esplicadnos...

TOMÁS. Por qué voy disfrazado con estos guiñapos y pintorreado como un salvage? Nada más justo: en primer lugar habeis de saber que me hallaba en el Arsenal cuando el trueno gordo...

ELENA. Y Williams? Responded, amigo mio; hablad, Sir Watson.

S. WAT. Ah! Señorita!.. os juro que hubiese rescatado su vida aun á costa de la mia.

ELENA. Ah! madre mia! (*Arrojándose en sus brazos.*)

SUSANA. Que Dios reciba en su seno al mártir!

TOMÁS. El señor y yo nos hemos salvado por un milagro; figuraos que lanzado á las nubes por la esplosion, tuve la dicha de caer en el fango del foso... hasta la cintura... boca abajo... Me encomendé á mi morenilla, y cuando, merced á su intercesion, conseguí no romperme alguna cosa... esencial de mi individuo, y salir libre y sano adornado con aquel delicioso color... hete aqui que oigo gemidos bajo un monton de escombros; llego, observo, busco, y veo, allá en lo mas hondo, á este caballero que solo estaba aturdido del golpe. Convinimos en que era preciso salir de la ciudad, desembarazarnos de nuestro traje y disfrazarnos con la herencia de algun negrillo: hícelo yo asi en menos que canta un gallo, pero entonces al señor le asaltaron escrúpulos y no quiso... imitarme. Felizmente se me ocurrió otra idea.

S. WAT. Solo á él, en efecto, debo la vida; como los indios le creen uno de los suyos, por su disfraz y algunas monadas indígenas que remeda admirablemente, me protege contra su ódio haciéndome pasar por su prisionero. Ibamos desde hace algunas horas con un destacamento de esos bandidos, cuando á la entrada del juncal se nos proporcionó la ocasion de huir.

DAVID. Y no temeis que apercibidos de vuestra ausencia, os persigan?

S. WAT. No por cierto: van á marchas forzadas á Stawat.

MAUR. En la duda, lo mejor será no esperarlos. Vijilad con Mr. David este lado del juncal, mientras Tomás y yo concluimos la balsa.

TOMÁS. Bravo!.. un indio ayudando á un francés.

MAUR. *(Muy bajo á Sir Watson.)* A la menor apariencia de peligro dad una palmada.

S. WAT. *(Lo mismo.)* Convenido.

MAUR. *(A Tomás.)* Vamos?

TOMÁS. Decididamente, no viajo por la India por mi gusto. *(Váse por la derecha con Mauricio.)*

DAVID. *(Cogiendo las manos de Susana y abrazando á Pablo y Elena.)* Susana, hijos mios... preparaos á marchar. *(Se aleja por la izquierda con Sir Watson.)*

ESCENA VIII.

SUSANA Y SUS HIJOS.— *Luego el* FAKIR.

SUSANA. Antes de proseguir un viaje en que nos esperan, sin duda, nuevos sufrimientos, recemos, hijos mios, recemos al protector de los débiles, al consuelo de los afligidos.

ELENA. *(De rodillas.)* Señor, tened misericordia del soldado que ha muerto por su pátria; en el corazon de la mujer que ha llevado el nombre de Sir Williams, bien lo sabeis, solo existirá un sincero y profundo dolor. *(Mientras están orando, entra el Fakir por el fondo escuchando.)*

FAKIR. *(Aparte.)* Por este lado he oido las cornetas de Akdar; este es, en efecto, el camino que debe seguir para la Gran Pagoda; voy á llevarle el mensage del Rajah. *(Susana le vé y hace seña á Elena y Pablo de que no se muevan.)*

PABLITO. No tengas miedo, mamá, es el fakir; estoy seguro que no nos quiere mal.

FAKIR. La familia del Colono!...

PABLITO. *(Acercándose.)* ¿No es verdad que no nos quieres hacer daño?

FAKIR. Oh! no, pobre niño!... no: no en balde has depositado una limosna en mis manos. *(Oyese de nuevo la marcha militar.)*

SUSANA. Nos amenaza algun nuevo peligro?

FAKIR. Sí.

SUSANA. Oh! habla, anciano; ilumínanos, aconséjanos.

Fakir. (*Señalando á Pablito.*) ¿Quereis confiármelo?
Susana. Separarnos?... Oh! jamás.
Fakir. Lleváosle, entonces, lleváosle sin tardanza. Todo lo que puedo hacer por vosotros es ir, aun á costa de mi vida, á suspender la marcha de nuestros guerreros. Adios, adios. (*Vase.*)

ESCENA IX.

Los mismos.—Mauricio.—Tomás, *que entran conduciendo la balsa.*

Susana. Mauricio, estamos amenazados de otro nuevo peligro... Prevenid al instante á David y Sir Watson... Por allí.
Maur. Corro á buscarlos: embarcaos desde luego los tres.
Tomás. (*A Susana y Elena.*) Subid sin temor; es sólido como un navío de tres puentes, y nada como un corcho... Subid primero, yo os pasaré despues á este caballerito. (*Se oyen algunos tiros por el lado por donde ha salido Mauricio. Tomás herido en el brazo izquierdo, abandona la enredadera que sujeta la balsa.*) Ah! Bergantes!.. Me han obligado á soltar la amarra. (*La barca se aleja de la orilla y es arrastrada por la corriente.*)
Susana. La corriente nos arrastra. (*Tendiendo los brazos á Pablo.*) Mi hijo!... (*Continúa el fuego.*) Pablo!... Pablo!... (*David arroja un grito de dolor y aparece.*)
Pablito. (*Lanzándose hácia su padre al oir este grito.*) Papa está herido!...
David. (*A Tomás.*) Corre á socorrer á nuestros amigos.
Tomás. Allá voy, mi comandante, allá voy. (*Vase corriendo.*) La cosa se pone fea. De esta dejo de ser indio y aragonés.

ESCENA X.

Los mismos.—David.—Indios.

Pablito. Sufres, papá, sufres mucho?

David. No es nada, hijo mio, nada...

Susana. (*Dentro.*) Pablo!.. David!.. Pablo!..

David. Ah! Susana!.. (*A Pablo.*) Sube á mis espaldas y agárrate á mi cuello. Vamos á reuniruos con ellas á nado.—Allá vamos, Susana, allá vamos!...—Maldicion!.. Se agotan mis fuerzas con la pérdida de mi sangre... Oh! nunca podré alcanzar la balsa... Arrastraria conmigo á mi hijo... (*Abrazando á Pablo con frenesí.*) Abrázame, Pablo, abrázame... tú sabes nadar... Vé á reunirte con tu madre.

Pablito. No, yo no te abandonaré... no quiero dejarte solo.

Susana. (*Llamando.*) Pablo, hijo mio!..

David. Oyes? tu madre te llama...

Pablito. (*Resistiéndose.*) Papá!.. Papa!..

David. Vete y que Dios te proteja. (*Arroja á Pablo en el Jumma.*) Valor!..

Susana y Elena. (*Cuya barca vuelve á aparecer un poco más distante.*) Valor!.. (*Un indio escondido en lo alto de un árbol, apunta al niño con un fusil.*)

Susana. (*Viéndole.*) Ah!..—David.. Allí... allí... (*De un pistoletazo David hiere á aquel hombre que cae de rama en rama en el rio. Cuando se sumerge enteramente, aparece Pablo nadando hácia la balsa. Susana y Elena lo recogen.*)

David. Adios, todo cuanto he amado en el mundo!! (*Cae de espaldas al pié del ribazo.*)

Susana. (*Con desesperacion.*) David!.. David!!

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

LA GRAN PAGODA.

Una Pagoda india, rodeada de árboles, y á la cual se sube por muchas gradas: al pié de estas gradas arde el fuego sagrado que alimentan los brahmines; bajo el perístilo de la Pagoda se levanta la monstruosa imágen de una divinidad india. A la derecha una fuente á que prestan sombra grandes palmeras.—A la izquierda la linde de un bosque de nogales. Al fondo, llanuras inmensas.—Al levantarse el telon, una rica tienda, levantada junto á la fuente, resguarda de los rayos del sol naciente á una princesa india llamada *Begum*, vestida con suntuoso trage.—En derredor suyo agitan varias mujeres grandes abanicos para refrescar el aire.—Gefes indios, sentados con las piernas cruzadas sobre tapices, rodean al Rajah vestido tambien ricamente y fumando con gravedad el houka. Sus servidores agrupados detrás, llevan sus armas. Solo un hombre se vé de pié delante del Rajah, el Fakir. Cuadro de pausa grande.

ESCENA PRIMERA.

El Fakir.—El Rajah.—La Begum.—Oficiales.—
Criados.—Mujeres.

Rajah. Fakir, Mahaveda, habla por tu boca. Bien venidas sean las noticias que me traes.—Está Delhi en poder de los hijos de Brahma!

Fakir. Sí, Rajah; y si juntas tus soldados á los leales

que conduce Akdar, mañana entrarás como señor en Stawat y recobrarás el poder que te han usurpado...

RAJAH. (*Mostrándole la Begum.*) Oye, fakir, hoy reza mi madre... mañana nos lanzaremos al combate.

FAKIR. Antes que el sol marque la hora de la partida, venid á orar, hijos de Brahma. (*A la vóz del fakir, entran todos procesionalmente en la Pagoda. Un momento despues vése salir con precaucion del bosque de nogales á Susana, trayendo á Pablo, precedida de Elena. Vienen cubiertos de harapos, disfrazados de indios. Apenas llegan en medio del teatro, Susana vacila y se detiene.*)

ESCENA II.

SUSANA.—ELENA.—PABLITO.

ELENA. Mamá, el cansancio te abruma, y no puedes más... Déjame llevar á Pablo...

SUSANA. No, no; apenas puedes sostenerte, hija mia.

PABLITO. (*Queriendo bajarse de los brazos de su madre.*) Ya puedo andar, mamá.

SUSANA. Hijo de mi vida!.. no ves que tienes aun los piés ensangrentados? Dios es bueno, hijos mios, y nos dará fuerzas. Yo te llevaré.

ELENA. Mira, mamá, una carabana india ha parado aquí.

SUSANA. Sí, y todavia no se ha puesto en camino. Al despuntar el sol adoran los indios á sus divinidades. Sin duda permanecen ahi, en esa Pagoda... penetremos en el bosque. Es preciso suspender la marcha hasta que cierre la noche.

PABLITO. (*Apercibiendo la fuente y estendiendo los brazos hácia ella.*) Ah! mamá!... Agua.... alli hay agua... Tengo sed.

ELENA. La frescura de esa fuente nos reanimará.

SUSANA. (*Aproximándose á la fuente.*) Sed prudentes, hijos mios; no teneis quien os defienda sino yo...

David está ausente de nosotros... Qué habrá sido de él, Dios mio? Yo le vi caer estenuado sin duda por la pérdida de la sangre.

PABLITO. (*Bebiendo.*) Dios es bueno, mamá, tú lo has dicho. Encontraremos á papá en Calpée: ya sabe el camino.

SUSANA. Sí, Dios le protegerá como á nosotros nos ha protejido. Confiemos en él que todo lo puede; él ha dejado deslizarse á nuestra barca por la corriente, hasta vernos al abrigo de toda persecucion. Despues, cuando creiamos que la corriente, á quien no podriamos vencer, iba á precipitarnos en un abismo, Dios hizo arribar á tierra nuestra balsa. Nuestro primer pensamiento fué de júbilo y alegria... poco despues nos asaltaron la inquietud y la desesperacion! No éramos más que dos débiles mujeres y un pobre niño, perdidos en medio de las inmensas llanuras del Indostan, privados de nuestros defensores, abandonados de todos, sin saber dónde dirigir nuestros pasos para mendigar un pedazo de pan, buscar un abrigo, huir de la muerte... no la muerte que mata como el rayo, sino la muerte precedida de ultrages y tormentos.—Comenzamos nuevamente nuestra peregrinacion de duelo... al atravesar una ciudad incendiada, logramos abandonar nuestros vestidos, que nos hubiesen vendido, para cubrirnos con estos harapos de mendigos indios... Pues bien, ahora, que la Providencia nos guie... que la voluntad del Señor se cumpla. Nuestro destino está en sus manos... ponga en buen hora ante nosotros al amigo ó al enemigo, la salvacion ó la muerte!

ELENA. Mamá, alguien anda en el bosque.

SUSANA. En el bosque, dices? Cómo huir entonces? En la llanura seriamos reconocidos, muertos tal vez... Ah! ocúltate, Elena, ocúltate! (*Se oculta con su hija detras de la fuente. Pablo que se ha separado de ellas por curiosidad, mira pòr el lado del bosque.*)

PABLITO. Alégrate, mamá!...

SUSANA. (*Corriendo hácia él.*) Imprudente niño!

PABLITO. No son indios los que vienen por ahi... Mira, mira. *(Aparece por el bosque un anciano indio con un baston de bambú, sirviendo de guia á las dos hermanas de la caridad del acto primero. Susana, Elena y Pablo agrupados y ocultos detras de la fuente.)*

ESCENA III.

Los mismos.—LAS DOS HERMANAS.—EL ANCIANO.

ANCIANO. (*Parándose delante de la Pagoda situada en el ángulo de los dos caminos.*) Mujeres, estamos delante de la Pagoda consagrada á Brahma que divide los dos caminos. (*Mostrando el de la izquierda.*) Este conduce á Allahabad, que es precisameute el punto á donde os dirigis. Estais en vuestro camino.

HER 1.ª Para guiarnos hasta aqui nos habeis acompañado durante tres dias con peligro de vuestra vida tal vez, pues estais muy débil todavia.

ANCIANO. Esta vida os pertenece: sin vuestro caritativo auxilio, mi cuerpo flotaria ahora á merced de las olas del Jumma, ó habria sido devorado por los tigres.

HER 1.ª No os dejaremos ir más lejos... Mirad, ya no podemos estraviarnos... Decis que este conduce á Allahabad... y este?..

ANCIANO. A Calpée.

SUSANA. (*Bajo.*) Adios, pues, y que vuestro Dios, que todo lo puede, os proteja. *(Besa el anciano los hábitos de las hermanas y desaparece por el bosque.)*

ESCENA IV.

Los mismos, menos EL ANCIANO.

HER 1.ª Refresquemos nuestros lábios abrasados, en el agua de esta fuente, y partamos. (*Se dirigen á*

la fuente y se detienen viendo de rodillas á sus piés á Susana, Elena y Pablo.)

HER 2.ª Unos mendigos!..

HER 1.ª Somos pobres como vosotros... nada poseemos.

SUSANA. No os pedimos una limosna, sino vuestra bendicion.

HER 1.ª Sois cristiana?

SUSANA. Cristiana y francesa... francesa como vos.

HER 2.ª (*Sorprendida.*) Una compatriota!..

HER 1.ª Comprendo. Bajo esos miserables andrajos esperais libraros del ódio y la codicia de vuestros enemigos. Hasta hoy, nuestro humilde trage y la imágen de nuestro divino Redentor nos ha protegido... Poneos tambien bajo esta santa égida, seguidnos, y os defenderemos con nuestras lágrimas, con la cruz... Si Dios nos abandona entregándonos á esos hombres que la lucha y el triunfo han hecho tan crueles, nos encontrarán prontas al martirio!..

SUSANA. Vais?..

HER. 1.ª A Allahabad. Allí se ha establecido nuestra comunidad.

SUSANA. Ya os lo han dicho, hermanas mias: ese es vuestro camino, este el nuestro.

HER. 1.ª Os dirigis á Calpée?

SUSANA. Allí encontraré, asi lo espero, á mi esposo, del cual estoy separada hace tres dias, y á quien dejamos herido, moribundo, á orillas del Jumma.

HER. 2.ª (*Aparte.*) Hace tres dias...

HER. 1.ª (*Id.*) A orillas del Jumma...

SUSANA. Vamos, pues, á separarnos para seguir un camino distinto; pero prometedme, vosotras, que sois aquí abajo los ángeles de los pobres y afligidos, prometedme rezar por David, mi esposo... su padre...

ELENA. (*Acercándose.*) Sí, mi padre...

HERMS. (*Mirando á Elena.*) Ah!

SUSANA. Qué teneis? Por qué mirais así á mi hija?

HER. 1.ª Vuestra hija!

HER. 2.ª (*Aparte.*) No queda duda.

HER. 1.ª Nos pedis oraciones!.. Las tenemos para todos los dolores; hace tres dias, hincadas de rodillas

al borde de una tumba, murmurábamos la oracion de los difuntos.

HER. 2.ª Reparad...

HER. 1.ª Nos habiamos puesto en camino en compañía del anciano que acaba de dejarnos... Subiamos la linde de un bosque y la orilla de un rio, cuando de repente, á la ténue claridad del crepúsculo matinal, observamos siniestras aves de rapiña, que revoloteaban encima de nuestras cabezas... Era, que cerca de nosotras, yacía un moribundo ó un cadáver!.. No nos engañamos en efecto.—Un hombre, un europeo, de quien el hielo de la muerte se habia apoderado ya, se hallaba á algunos pasos de nosotras. No queriendo dejar sin sepultura, entregado á la profanacion, aquel despojo cristiano, cabamos con nuestras débiles manos una fosa en la arena... En el momento de descender en ella el cuerpo, vimos desprenderse de la rígida mano del cadáver, un objeto que sin duda habia querido contemplar ó defender en su agonía... Hemos recojido y conservado cuidadosamente aquel objeto; era un medallon.

SUSANA. Un medallon!..

HER. 2.ª Un retrato!..

HER. 1.ª Una jóven...

SUSANA. El retrato de una jóven!.. Ah! David tenia tambien el de su hija!.. Oh! yo quiero ver ese retrato, hermanas mias; quiero verlo!

ELENA. Oh! ese retrato no es el mio, no puede ser... No es verdad?

HER. 1.ª *(Entregando el retrato á Susana.)* Tomadlo... Llorad y orad!

SUSANA. Ah! muerto!

ELENA. Muerto!..

PABLITO. Mamá, vamos á buscarlo... Yo quiero ver á papá.

SUSANA. Tu padre!.. Pobre niño!.. Ya no le volverás á ver... Lo han asesinado!.. Ha muerto, como habia vivido, por su mujer... por sus hijos... Oh! mi querido David!.. Muerto, solo, abandonado... Nosotros tal vez hubiésemos podido salvarle, y ha muerto sin una lágrima... sin una

caricia.—Toma, Elena, tú has recibido su último beso, su postrer suspiro... acaso has ocupado su último pensamiento... Ah! Dios mio!.. Dios mio!.. No era al padre á quien debísteis haber llamado á vos, sino á la madre; á mí, que nada puedo hacer por mis hijos.

ELENA. Oh! son demasiados tormentos á la vez!.. (*Se desmaya y cae al pié de la fuente.*)

PABLITO. Mamá, mamá!.. Mi hermana se muere tambien.

SUSANA. Elena... hija mia!.. Oh! no; Dios no puede quitarme á mi hija... Elena!.. No me oye... socorro!.. socorro!..

HER. 1.ª Tranquilizaos... Si os oyesen desde esa Pagoda..,

SUSANA. (*Con desvarío.*) Ah! que vengan, que me maten. pero que salven á mi hija!.. (*Susana, Pablo y las dos hermanas, levantan y cuidan de Elena que yace sin movimiento. A los gritos de Susana salen todos los de la Pagoda.*)

ESCENA V.

Los mismos.—EL RAJAH.—LA BEGUM. EL FAKIR.—TOMÁS. *Oficiales y soldados del Rajah y esclavas de la Begum.* (*A la vista de las hermanas de la Caridad quedan inmóviles.*)

RAJAH. Las sacerdotisas del Dios de los cristianos no pueden permanecer junto á la santa Pagoda. (*Sensacion en los indios.*) Que esas mujeres sean libres, pero que se alejen.

HER. 1.ª Permitid que socorramos un momento á esta pobre jóven.

RAJAH. Ya lo habeis oido, mujeres; no profaneis este santo lugar... Partid, yo lo mando! (*Rechazándolas con el gesto.*) Yo lo mando!

HER. 1.ª Pobre viuda!.. Pobres huérfanos!.. Quién os protejerá?

TOMÁS. (*Bajo á las hermanas.*) Yo, hermanas mias. (*A Susana.*) Yo, señora David. (*Ambas hermanas se alejan mirando con sorpresa á Tomás, el cual no han podido reconocer bajo su disfraz. Se oyen fuera rumores estrepitosos.*)

HER. 1.ª (*Aparte.*) No nos alejaremos mucho.

RAJAH. Ois?

FAKIR. Akdar llega.

TOMÁS. (*Aparte.*) Akdar?.. Si las reconoce el miserable, son perdidas. (*El ruido se oye más distinto. Aparece Akdar seguido de tropas indias que agitan sus armas gritando: Viva Akdar!.. Viva el Rajah!*)

AKDAR. Salud, Rajah!.. Te traigo armas y soldados.

RAJAH. Ya el fakir me habia anunciado tu venida. (*Bajo.*) Cuándo debe comenzar el ataque de Stawat?

AKDAR. (*Idem.*) Esta noche... Poneos ya en marcha.—Daré solamente una hora de descanso á mis rojos tigres para reunirme despues con vos en el sepulcro de Nouradjah. Allí hareis vuestra parada y dejareis á vuestras mujeres.

RAJAH. Está bien. (*Alto.*) Vamos á partir. (*Akdar se pasea entre los diferentes grupos, examinándolos con atencion.*)

TOMÁS. (*Bajo á Susana.*) No hay duda; os busca.

SUSANA. (*Mostrando á Elena.*) A ella es á quien debemos ocultar á sus ojos.

TOMÁS. La ocultaré.

SUSANA. Vos?

TOMÁS. (*Llevándose á Elena.*) Venid, venid.

RAJAH. (*Disponiendo la partida.*) Las mujeres y los niños primero. (*Movimiento de marcha. La Begum y sus mujeres salen las primeras. La servidumbre despues y las esclavas que forman grupo al lado de la fuente, se ponen tambien en marcha precedidas del fakir.*)

FAKIR. (*Sin reconocer á Susana.*) Qué haceis vos ahí? Seguid á las demás.

PABLITO. (*Bajo al Fakir.*) Fakir, soy yo, Pablo.

FAKIR. (*Idem.*) Pablo!... Oh! partid, partid pronto. Que Brahma nos guie! (*En el momento que Susana pasa delante de Akdar, recatándose y escondiendo á Pablo entre su vestido, el indio le pone la mano en el hombro.*)

AKDAR. Detente! y tú, fakir, guarda para otros la proteccion de Brahma.—Esta mujer es cristiana.

TODOS. Cristiana!

SUSANA. (*Dirigiéndose al Rajah.*) Vos que mandais en estos hombres, defendednos!

AKDAR. Rajah, yo tambien rogué á Sir David, el esposo de esta mujer; y Sir David me entregó á los jueces. (*El Rajah rechaza á Susana.*)

SUSANA. Vos no nos dejareis en manos de ese miserable.

RAJAH. Akdar es hoy tu señor. (*A todos.*) Partamos. (*Vase con su acompañamiento. Solo quedan en escena Akdar y sus indios.*)

ESCENA VI.

AKDAR.—SUSANA.—PABLO.—EL FAKIR.—*Luego* ELENA.

SUSANA. (*A los indios.*) Oidme... oidme todos. Sí, mi esposo habia hecho condenar á ese hombre, porque ese hombre le habia robado villanamente!.. Una noche, sin embargo, se abrió su calabozo y fuéle concedida la libertad... la mano que rompió sus grillos ni él mismo la conocia. Esa mano, fué la mia... tuve piedad de su juventud!.. Akdar, tú me debes la vida... déjame en cambio rescatar la nuestra, no con estériles lágrimas, sino con oro.

TODOS. Con oro!

SUSANA. Los restos de nuestra fortuna que llevo ocultos bajo estos harapos, yo os los doy... Tomad... (*Se quita el ceñidor lleno de oro.*) Tomad. (*Arroja dinero.*) Soy ya más pobre que la más miserable de las mendigas... Tomad, tomadlo todo; pero dejadme vivir para él. (*Estrecha á Pablo en sus brazos. Los indios se disputan las monedas que se han caido del ceñidor.*)

FAKIR. (*Bajo á Akdar.*) La mujer que te ha salvado la vida, no puede morir.

AKDAR. Mujer, eres libre; puedes llevarte á Pablo.

SUSANA. Ah!

AKDAR. Con una condicion, sin embargo. Vas á decirme dónde está Elena.

SUSANA. Cielos!

AKDAR. Responde.

SUSANA. Elena ha sido violentamente separada de mi lado... lo ignoro.

AKDAR. Inútil es que trates de engañarme; he seguido vuestras huellas hasta aquí, y estoy seguro que no debe hallarse lejos: espero, pues, que me la entregarás.

SUSANA. Yo!..

AKDAR. Solo á ese precio, la libertad, la vida.

SUSANA. Mátame, entonces.

AKDAR. Elena no será mi esclava, sino mi esposa. Yo la amo.

SUSANA. Tú, miserable!

AKDAR. Dónde está?

SUSANA. Te he dicho que estoy pronta á morir. (*Los indios encienden el fuego que arde bajo las gradas de la Pagoda.*)

AKDAR. Dónde está? Callas? Oh! yo te obligaré á decirlo. Mira esa hoguera... arde para tí solamente, y el fuego es una muerte espantosa...

SUSANA. (*Con espanto.*) El fuego! (*Con energía.*) Estoy pronta.

AKDAR. Tú lo quieres? Ven. (*La coje, y la arrastra hácia la hoguera.*)

PABLITO. (*Poniéndose delante de su madre.*) Oh! mamá!.. mamá!..

AKDAR. (*Apoderándose de Pablo.*) Ah! si no entregas á Elena, él es quien vá á morir.

SUSANA. Pablo!.. Pablo mio!.. Mi pobre hijo!..

AKDAR. Tú puedes salvarle ó matarle... Elige.

SUSANA. Pero eso es horrible... infernal... La infamia para ella ó la muerte para él!.. Vuélvemelo... espera!.. espera... Dios mio!.. Una madre no puede, no debe sacrificar á uno de sus hijos para salvar á otro!..

AKDAR. (*Dirigiéndose con Pablo á la hoguera.*) ¿Dónde está Elena?

SUSANA. Pues bien... Sí...

PABLITO. (*De rodillas.*) No se lo digas, mamá, no se lo digas... No tengo miedo á la muerte... Ya lo ves, rezo al buen Dios...

AKDAR. Por la última vez, dónde está Elena?

ELENA. (*Corriendo.*) ¡Aquí!

SUSANA. Desgraciada!.. ¿Qué has hecho?

ELENA. Vengo á morir con vosotros.

AKDAR. No... tú no morirás.

ELENA. Asesino del padre!.. pronto te obligaré á matar á la hija! (*Corre á la Pagoda y derriba el ídolo que está á la entrada.*)

TODOS. Sacrilegio!... A la hoguera!... A la hoguera!...

AKDAR. Pues bien, sea! Muere tú que prefieres el suplicio al amor de Akdar. (*A los indios.*) Tomadla; yo os la entrego. (*Los indios lanzan un hurra feroz y las rodean blandiendo sus armas: fórmase un círculo rápidamente al rededor de Susana, Elena y Pablo: círculo abierto delante del público y cerrado por todas partes: círculo de espadas, puñales y bayonetas que va estrechándose y empujando á las tres víctimas al fuego con la punta de los hierros.*)

SUSANA. (*Retrocediendo siempre.*) ¡Ah! Tomad mi sangre como habeis tomado mi oro... pero no los mateis... no los mateis... Hacedme sufrir, no una sino mil muertes... pero no los mateis.. no los mateis... (*La llama de la hoguera toca á su vestido. arroja un grito terrible y por un esfuerzo supremo, arrastra á sus hijos lejos de la hoguera.*) Oh!.. fuego!. fuego!.. Dios mio!... librad á mis hijos de este horrible suplicio... Dios mio!.. tened piedad de nosotros! (*Sensacion en los indios.*)

AKDAR. A la hoguera, repito, á la hoguera!

TODOS. ¡A la hoguera!

TOMÁS. (*En las gradas de la Pagoda.*) Toma la hoguera, tunante! (*Tira á Akdar, el cual, herido mortalmente, cae en brazos de los indios. Tumulto general.*) Si soy aragonés.

FAKIR. Yo le salvaré á él. (*Huye llevándose á Pablo.*)

SUSANA. (*A Tomás.*) Salvad á Elena.

ELENA. Madre mia!.. Madre mia!.. (*Desaparece llevada á la fuerza por Tomás.*)

INDIOS. (*Volviéndose con furor á Susana.*) ¡A la hoguera!.. ¡A la hoguera!.. (*Las dos hermanas de la caridad se precipitan entonces entre Susana y los indios, á quienes contienen mostrándoles el crucifijo.*)

FIN DEL ACTO QUINTO.

ACTO SESTO.

LAS PLAYAS DE MAHE.—LA MAREA ASCENDENTE.—LA FRAGATA INVENCIBLE.

Una costa árida y pelada, abrasada por el sol ocupa los primeros términos á la izquierda. Un camino que se estiende á lo largo de la costa se pierde con ella. En un recodo, en tercer término, una roca formando una gruta avanza en el mar y se presenta muy accesible cuando baja la marea, pero cuando sube queda aislada de la tierra firme y cubierta por las grandes oleadas. A derecha y en el fondo el mar.

ESCENA PRIMERA.

MAURICIO.—ELENA.—TOMÁS.

(*Al levantarse el telon habrá una canoa amarrada al pié de la roca. Mauricio y Elena de pié en tierra parecen examinar los alrededores y escuchan con ansiedad. Entra Tomás.*

ELENA. Y bien, qué hay?

TOMÁS. Hoy somos menos dichosos que ayer. El bote de la fragata *Invencible* no encuentra fugitivos escapados á los cipayos, de estos que vienen á buscar un refugio en las posesiones francesas. Gracias á Dios que he vuelto á tomar mi trage natural.

ELENA. Y ni un indicio siquiera han podido darnos los

que habeis recogido hasta ahora... Oh! madre mia!.. Pablo!.. Será posible que no os vuelva á ver?

MAUR. Las correspondencias que últimamente nos han llegado, afirman que, gracias al valor verdaderamente héroico de los soldados de Havelok, los caminos están transitables. Esperemos, Elena, esperemos que madame David y su hijo se hallarán en seguridad como nosotros.

ELENA. Solo al sacrificio de mi madre debo mi salvacion, que atrajo á sí el peligro que me amagaba, (*Tendiendo la mano á Tomás.*) y al celo y al valor de este valiente marinero, que llevándome en sus brazos permanecia sordo á mis gritos. Más tarde, vuestro milagroso encuentro y vuestro apoyo, Mauricio, me han permitido llegar al término del largo camino que hemos tenido que recorrer... Pero qué ha sido de mi buena y santa madre? Qué ha sido de Pablo tambien? Ah! os lo repito, Mauricio, si mañana no tenemos noticias, si nada puede indicarnos las huellas de mi madre y de Pablo, iré á buscarlos á ese infierno del que me habeis sacado. El espacio y la distancia son infinitos, pero la bondad de Dios es infinita tambien... El me hará encontrar á Pablo y á mi madre: él nos dará el mismo refugio ó la misma tumba.

TOMÁS. Mi comandante, vamos á tener borrasca, y soy de opinion que ganemos el fuerte Mahé ó la fragata.

ELENA. No, yo no quiero entrar aun... Ayer llevamos más lejos nuestras pesquisas.

MAUR. Hemos ido hasta la punta de Kondapoore.

ELENA. No importa, Mauricio, iremos otra vez hasta allí... os lo ruego.

TOMÁS. (*Mostrándole el cielo.*) Mirad, comandante.

MAUR. Iremos, Elena.

TOMÁS. Iremos. (*Se embarcan en el bote que desaparece á la derecha.*)

ESCENA II.

WATSON: *lleva el brazo derecho en un cabestrillo.*— OFICIALES INGLESES, *heridos tambien.*

S. WAT. Caballeros, hemos llegado al fin á los límites de los establecimientos franceses en la India, límites que la insurreccion no ha invadido aun, y mañana os embarcareis para Inglaterra. Habeis satisfecho noblemente vuestra deuda, amigos mios, regando con vuestra sangre esta tierra maldita.—Y pues vais á volver á vuestra madre pátria, donde os esperan el reposo y los honores que tan bien habeis merecido, démonos la mano, camaradas, como en la víspera del asalto de Cawnpore, y digamos como entonces: el cielo os guarde!—Ahora hé aquí vuestro camino; el mio es este.

OFICIAL. Cómo, Sir Watson!... no nos acompañais? No estais herido gravemente?

S. WAT. Y tanto, voto al diablo!... Como que el cirujano no ha querido amputarme el brazo por darme gusto, diciéndome: «siempre es un adorno, aunque no os servirá de nada.» Ahora bien, cómo diablos quereis que yo, Sir Robert Watson, me presente hecho un inválido en los salones de Lóndres? No, por mi vida: me causaria miedo á mí mismo al verme pasar... Nada, nada, amigos mios: manco he quedado en la India, y manco permaneceré en ella; además que los demonios que me han puesto de esta manera, tendrán al fin y al cabo su merecido: no seremos siempre dos contra veinte, y quiero mi parte en la revancha. Tiro ya bastante bien con la mano izquierda... ay del primer rebelde que se ponga al alcance de mi revolver!...—Calla! No es un fakir lo que veo allá abajo? Cierto: tal vez ese bribon ha sido quien me ha enviado la bala que me ha roto el brazo derecho... Vamos á ver qué es lo que yo logro romperle. *(Aparece el fakir en el momento que Watson levanta*

el brazo para apuntarle. Deteniéndose.) Es viejo y está sin armas; no quiero gastar mi pólvora en esa liebre.

OFICIAL. Han perdonado ellos á nuestros ancianos indefensos?... Muera el fanático!... muera el asesino!... *(Los oficiales van á lanzarse sobre el fakir, cuando un niño se interpone entre el anciano y sus agresores. Este niño es Pablo.)*

ESCENA III.

Los mismos.—EL FAKIR.—PABLITO.—SUSANA.

PABLITO. No lo mateis, señores, no lo mateis; es nuestro amigo.

SUSANA. (*Entrando.*) Nuestro salvador.

S. WAT. Madame David!...

SUSANA. (*Un poco trastornada.*) Ah! perdonadme, caballero... he sufrido tanto, que solo conservo el recuerdo de mis dolores. Ademas, mis ojos abrasados por el sol y el insomnio, apenas pueden distinguir vuestras facciones... Perdonadme, caballero, si no os reconozco. Quién sois?

PABLITO. Mamá, es Sir Watson.

SUSANA. Sir Watson!... Ah! vos estuvísteis con nosotros en los juncales la noche en que mataron á mi pobre David... Sí, mi esposo ha muerto, mi hija... perdida... muerta tal vez... Eso es todo lo que recuerdo... el resto se me ha olvidado.

S. WAT. Cómo habeis podido recorrer la enorme distancia que nos separa de la presidencia de Madras?

SUSANA. Cómo!... no lo sé.

PABLITO. Yo sí, mamá: este anciano nos ha servido de guia y protejido contra los cipayos. Por la noche dividia con nosotros el pan de la limosna... Oh! sin él, hubiésemos muerto de hambre, de cansancio y de miseria... Despues del buen Dios, á él debemos la vida... Ah! Sir Watson, yo os lo pido de rodillas... no lo mateis, no lo mateis!

S. WAT. No, ciertamente... Has hecho eso, viejo fakir?

FAKIR. La limosna del niño ha pagado su rescate. (*Lo besa.*)

S. WAT. Por Cristo!.. Grande seria mi arrepentimiento, si te hubiese matado!.. Quizá tú eres la causa de que no pueda tenderte la mano derecha, pero en la guerra como en la guerra: hé aquí mi mano izquierda.—Adios, Mme. David... vais á volver á Francia!.. quiera el cielo que halleis un dia á la hija que llorais!.. No nos volveremos á ver... Pablo, voy á pagar tu deuda á tu amigo... ya que os ha protejido contra los cipayos, quiero á mi vez ser su escudo contra las balas inglesas. Abrázame, hijo mio; un beso de soldado no se olvida nunca. Mistres, dentro de una hora divisareis la bandera de vuestra patria... estos señores que van á Mahé os servirán de escolta.

SUSANA. Andar!.. todavía andar... sobre estas ardientes arenas!.. abrasada por ese sol que me vuelve loca!.. Oh! no, no; que partan solos, Sir Vatson; mi pobre hijo y yo no podríamos dar un paso más.

S. WAT. Entonces os llevaremos á ambos. (*Aparte.*) Ah diablo!.. Olvidaba que soy manco, y que los otros...

SUSANA. Partid, os lo suplico, ya no tenemos nada que temer: en esa roca hay un poco de sombra y de frescura, que nos harán tanto bien!.. Esperaremos á que anochezca para ponernos en camino.

S. WAT. Vamos á dejaros un instante para buscar algun medio de trasporte... Un palanquin... caballos... No os abandonaré en tal situacion... Si el brazo es malo, las piernas, á Dios gracias, son buenas. Hasta luego, mistres, hasta luego. (*Vánse: durante la escena siguiente, el cielo se va oscureciendo, la oleada crece, y sube la marea.*)

ESCENA IV.

SUSANA.—PABLO.

SUSANA. Pobre niño!.. Duerme!.. yo, yo no puedo dormir... Cuando mis párpados inflamados se cierran, veo llamas, sangre... y oigo el último grito de David y el postrer ay de angustia de mi Elena... David... Elena... Pero, dónde estoy? Cuando llegué aquí, el mar no bañaba esta roca sino por un lado... Ah! somos perdidos! Es la marea... la marea que sube... Pablo!.. Pablo!..

PABLITO. (*Despertándose.*) Agua!.... Por todas partes agua!...

SUSANA. Dios mio!.. vos sin duda nos habeis condenado... despues de los hombres, desencadenais contra nosotros los elementos!.. Pablo, hijo mio, sube á mis espaldas, agita ese lienzo... le percibirán tal vez...

PABLITO. Socorro!.. Socorro!.. Mamá: creo haber oido...

SUSANA. Qué?

PABLITO. No, no; no oigo más que el ruido de la ola que se estrella y el viento que muge...

TOMÁS. (*A lo lejos.*) Ah! de la roca!

SUSANA. Sí... sí... vienen á socorrernos... Aquí!.. aquí!.. Ah! llegarán demasiado tarde... esta ola vá á sumergirnos... Tente bien, Pablo, tente bien. (*Susana se agarra á la roca y aparece la barca rudamente sacudida por las olas.*)

ESCENA V.

Los mismos. —ELENA. — MAURICIO. — TOMÁS.— *Despues* WATSON.—EL FAKIR.

TOMÁS. Preparaos á saltar al bote.

ELENA. Animo, pobres gentes!.. Hénos aquí.

SUSANA. Cielos!... Esa voz...

PABLITO. Es la de mi hermana.

SUSANA. (*Dejando deslizar á Pablo en la canoa.*) Elena,

salva á tu hermano! (*Una oleada empuja la barca y la aleja un momento de la roca en que se encuentra entonces Susana de repente sola y casi sumergida.*)

ELENA. Madre mia!.. Madre mia!..

TOMÁS. (*Con energia.*) ¡Barra á estribor, comandante! (*El bote se acerca á la roca. Tomás coje á Susana y se la lleva á la barca.*) Se ha salvado!.. (*En el momento que la madre estrecha contra su corazon á sus dos hijos, el cielo se aclara y queda de un azul purísimo: el sol brilla de nuevo y deja ver en el horizonte la bandera tricolor flotando en el palo mayor de la fragata* INVENCIBLE.)

SUSANA. Dónde estamos?

MAUR. A mi bordo!.. Mirad, señora, allá abajo... Aquella es mi fragata... aquella la bandera tricolor... la Francia!

TODOS. La Francia!.. La Francia!.. (*El bote se dirige hácia la fragata. Sir Watson y el Fakir vuelven á aparecer sobre las rocas á la izquierda, enviando á los fugitivos con la mano el último adios.*)

FIN.

Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragones.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la Fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La Caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

La luna de miel.
Un Ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los Pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo, ó el Princ. de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su mujer.
La Ley Sálica.
Un Casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un Divorcio!
La Hija del misterio.
Las Cucas.
Gérónimo el albañil.
Maria y Felipe.

EN UN ACTO.

Un milagro del misterio.
La Mula de mi doctor.
A los pies de V., señora.
Remedio para una quiebra.
El sistema de Felipa.
El sistema de Felipe.
La mujer de dos maridos.
Ladron y Verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un Sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los Preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un Fusil del Dos de mayo.
Cuerdos y locos.
Pst., Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La Piel del Diablo.
Si buenas ínsulas me dan...
El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia.
La Capa de Josef.
Alí Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El Sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos Casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De Potencia á potencia.
Las Avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El Rey por fuerza.
Las Obras de Quevedo.
Un Protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo delperegil.
El Chal verde.
Como usted quiera.
Un Año en quince minutos.
¡Un Cabello!
El Don del cielo.
La Esperanza de la Pátria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una Apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La Eleccion de un diputado
La Banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al Diablo.
Una Ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los Tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las Jorobas.
Los Dos amigos y el dote.
Los Dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios por amor.
¡Mi Media naranja.
Un Ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro Perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton.... y soy dichosa!
El Premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El Turron de Noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una Aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las Señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El Marido de la muger de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los Dos Venturas.
De este mundo al otro.
El Sacristan de San Lorenzo.
El Alma en pena.
La Flor del valle.
La Hechicera.
El Novio pasado por agua.
La Venganza de Alifonso.
El Suicidio de Rosa.
La Pradera del canal.
La Noche-buena.
Una Tarde de toros.
Partitura del Duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

ADVERTENCIAS.

Tomando toda la coleccion de la España dramática, se hace la rebaja de 50 por 100.

Pidiendo ejemplares á la Direccion, que lleguen á 200 rs., se hace una rebaja de 20 por 100.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral casa de Astrarena.